



SERVICIO SECRETO



SILENCIO DE MUERTE

frank lewis

La miró con los ojos entrecerrados, mientras ella avanzaba entre las mesas. Era bella, atrayéndole su forma de andar, el modo de mover sus caderas.

Su talle formaba una línea ondulante, movediza, atrayente. Donald Maxwell dejó escapar un imperceptible suspiro y se levantó. Como siempre, era incapaz de resistir a unos encantos femeninos.

Audazmente se colocó delante de la joven, mirándola a los ojos, verdes y atrayentes.

—Es un placer conocer a una beldad como usted. —Donald se inclinó ligeramente—. ¡Confío que no estará usted acompañada!

—Pues sí, estoy acompañada.

—Me causa una terrible desolación. ¿Quién es el afortunado mortal?



Frank Lewis

Silencio de muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 676

ePub r1.0

Lds 19.10.17

Título original: *Silencio de muerte*

Frank Lewis, 1963

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

La miró con los ojos entrecerrados, mientras ella avanzaba entre las mesas. Era bella, atrayéndole su forma de andar, el modo de mover sus caderas.

Su talle formaba una línea ondulante, movediza, atrayente. Donald Maxwell dejó escapar un imperceptible suspiro y se levantó. Como siempre, era incapaz de resistir a unos encantos femeninos.

Audazmente se colocó delante de la joven, mirándola a los ojos, verdes y atrayentes.

—Es un placer conocer a una beldad como usted. —Donald se inclinó ligeramente—. ¡Confío que no estará usted acompañada!

—Pues sí, estoy acompañada.

—Me causa una terrible desolación. ¿Quién es el afortunado mortal?

—Se encuentra sentado en aquella mesa.

Y señaló a un individuo corpulento, sentado ante una mesa sobre la que había una botella de champaña casi llena. Donald lo examinó de una ojeada.

—Un tipo peligroso, unos noventa kilos y cuello de luchador.

—Exacto, Donald. Lo has adivinado, es un luchador. El famoso Gorila Kramer es capaz de triturarte todos los huesos.

El joven abrió la boca sorprendido.

—¿Me conoce?

—Naturalmente y tienes muy mala memoria. Me sorprendiste con este mismo rollo hará unos cinco meses.

El la examinaba con fijeza y se dio una palmada en la frente.

—¡Natalia! Con razón decía que eras la mujer más bonita que había visto. No te he conocido por el cabello; hace cinco meses era negro, ahora es rubio platino. Las mujeres poseéis una gran

facilidad para cambiar de aspecto.

—¿Y qué más, Donald?

—Nada, tan sólo lamentar haberte encontrado con compañía.

—Todavía estoy esperando una llamada tuya.

—Se me perdió la agenda; en ella tenía anotado el número de tu teléfono.

—Eres el embustero más adorable que he conocido.

—¿Yo?

—Sí. ¿Acaso crees que no conozco tu fama? Te estás convirtiendo en el mejor abogado de la ciudad. Para conseguirlo se necesita tener una gran memoria.

—Quizá la tenga para cuanto se refiere a mi profesión, Natalia.

Ella, con un rápido movimiento, le acarició la mejilla. A su vez Donald sujetó su mano y la besó con suavidad.

—Continúas siendo encantadora.

Natalia sonrió ampliamente. Hasta ellos llegaba la música atrayente e insinuante. La rubia hinchó su opulento seno en un suspiro.

—Te conozco muy bien, Donald. Aunque sólo te haya tratado una noche, no me engañas. Sin embargo, haré todo lo posible por librarme de Gorila Kramer.

—Eres un ángel.

—Y tú un truhan de la peor estofa. ¿No temerás a Gorila Kramer?

—No, no. ¿Por qué he de temerle?

—Tiene fama de ser muy violento.

—Eso será en el *ring*. Fuera de él esos trituradores de huesos cambian por completo. Algunos son de una placidez extraordinaria, incapaces de matar a una mosca.

—Gorila Kramer me da la impresión de no ser de éstos.

¡Bah, me cuido de él! No te preocupes, Natalia, dentro de un cuarto de hora Gorila Kramer saldrá de este local disparado.

—Dejo para ti la responsabilidad.

—Siempre acostumbro a responder de mis actos, incluso ante un tribunal.

—¡Hasta luego, Donald!

El joven abogado inclinó la cabeza, viéndola alejarse. Natalia era muy atractiva, recordándola ahora muy bien. Pasaron una noche

muy agradable y estaba dispuesto a pasar aquélla a su lado. No le gustaba someter a un semejante a una pesada jugarreta. Pero había oído hablar de Gorila Kramer, siendo un individuo brutal y de pésimos antecedentes.

Esto le decidió y se encaminó a una cabina telefónica. Cerró la puerta y metió una moneda, marcando el número de aquel club nocturno. No tardó en oír la voz de un empleado.

—Haga el favor de avisar a Gorila Kramer. ¿Le conoce usted?

—Sí, señor. En seguida hablará con él.

Donald sonrió. El empleado no podía imaginar que su interlocutor se encontraba a escasa distancia de él. A través del cristal vio como el luchador avanzaba con expresión perpleja.

—¿Quién habla? —preguntó con dureza.

Si algún escrúpulo le quedaba a Donald para cometer aquella jugarreta, éste quedó disipado al escuchar aquella ruda e insolente voz.

—¿Gorila Kramer?

—Sí, soy yo. ¿Qué quiere?

—Hablarle inmediatamente. Es muy urgente, Kramer. Tengo un contrato formidable, pero debo contar enseguida con su conformidad.

—¿Debe ser ahora?

—Sí. Cinco mil dólares en seis días. Una serie de torneos relámpagos, como de costumbre, sin riesgo alguno.

—Tiene usted mi autorización, mañana firmaré el contrato.

—No, Kramer. Debo firmarlo antes de una hora.

Donald oyó como el luchador dejaba escapar un juramento.

—Bien. ¿A dónde tengo que ir?

—A la Avenida Octava, número veinticuatro. En la placa ya verá mi nombre: Jack Simpson.

—Dentro de media hora estaré con usted.

Donald colgó. Volvió a sonreír viendo alejarse apresuradamente la maciza figura del luchador. Éste llegó a la mesa y habló con rapidez a Natalia. Después llamó a un camarero y le pagó.

Tranquilamente llegó hasta la silla ocupada por Kramer.

—Ya estoy aquí, Natalia.

—Gorila Kramer ha salido escapado. Parecía excitado. ¿Qué le has dicho?

—Ése es mi secreto. Gorila se llevará un terrible desengaño.

—Vámonos de aquí. No quisiera ver regresar a ese hombre. La verdad, no me gustaba su compañía, es brutal.

—No te preocupes, si vuelve me es indiferente.

—No, no, quiero ir a otro sitio.

—Como quieras.

Salieron del club y Donald abrió la portezuela de su coche. No pudo menos de contemplar las largas y bien torneadas piernas de Natalia, enfundadas en finas medias, mostradas generosamente. Se sentó al volante y puso el coche en marcha.

Se detuvo ante otro local parecido al que acababan de abandonar. Cogió a Natalia del brazo y entraron. Ocuparon una mesa.

—Hemos tenido suerte, tan sólo quedaban dos mesas vacías.

Encargó una botella de champaña. Con un gesto la invitó a bailar, enlazándola por el talle. Bailaron tres piezas seguidas y regresaron a la mesa. Apenas habían hablado, se dejó caer en la silla y comentó:

—Soy una tonta.

—¿Por qué?

—No debí venir contigo. Eres incorregible, siempre de una mujer a otra.

—No engaño a ninguna, Natalia.

—No te puedo acusar de eso, eres despiadadamente sincero. Contigo ninguna muchacha puede forjarse ilusiones. Pero un día te encontrarás con la horma de tu zapato, te enamorarás perdidamente.

—¿Yo? Eso no puede ocurrir, no creo en la mujer ideal de los sueños.

—Pues existe, Donald. No debes tener ninguna duda.

Volvieron a bailar. El tiempo fue transcurriendo agradablemente y se olvidaron de cuanto les rodeaba. Sin embargo, una voz bronca y furiosa les hizo volver a la realidad:

—Tenía la seguridad de encontrarle, canalla.

Natalia no pudo contener un grito, mientras Donald volvía la cabeza tranquilamente, mirando la amenazadora figura de Gorila Kramer.

El luchador se encontraba ante él con las piernas separadas y los

brazos alargados, sus dedos engarfiados, como prestos a hacer presa en la garganta del joven.

—¿Se refiere a mí? —preguntó Donald levantándose.

Era casi tan alto como su interlocutor, aunque no tan corpulento. A simple vista daba la sensación de ser fácil presa de Kramer.

—Naturalmente. ¿A quién otro me iba a referir? ¿Con que Jack Simpson? Le voy a destrozar.

—No sé de qué me está hablando.

—¿No? Este tipo me ha engañado, Natalia.

—Haga el favor de marcharse y dejarnos tranquilos.

—Y tan tranquilo como le voy a dejar. Pasará un mes por lo menos en el hospital.

Donald adelantó la izquierda ligeramente, mientras su derecha estaba preparada para golpear. Gorila Kramer lanzó una carcajada.

—No puede hacerme daño, es usted demasiado frágil.

Y se adelantó, tratando de asir el cuello de Donald y voltearlo con violencia. Pero la izquierda de Donald se estrelló con precisión matemática en la nariz de Gorila Kramer. Seguidamente su derecha alcanzó la barbilla.

El corpulento cuerpo del luchador retrocedió violentamente, no deteniéndose hasta tropezar con una mesa. Cayó sobre ella y la derribó aparatosamente. Los ocupantes de la mesa también fueron arrastrados en la caída.

Se armó un gran alboroto en la sala, aunque nadie se atrevió a intervenir. Todas las miradas estaban puestas con admiración en la esbelta figura de Donald Maxwell.

Gorila Kramer se levantó, sacudiendo la cabeza. De su nariz goteaban unas gotas de sangre, amenazando convertirse en hemorragia. Su mirada se clavó en el hombre que le acababa de derribar, mientras mascullaba:

—¡Con que sabe pegar, eh! Yo voy a enseñarle cómo se lucha de verdad.

Y se abalanzó sobre su enemigo con una agilidad impropia de su peso. Sus pies fueron lanzados hacia adelante, con la intención de propinar una doble patada en el pecho de Donald. Pero el joven no se dejó sorprender por esta maniobra y se apartó ágilmente.

El luchador volvió a caer al suelo, sin haber logrado su objetivo.

El batacazo fue rudo, pues no cayó precisamente sobre una lona. Vociferando. Esta vez encajó el puñetazo con estoicismo, logrando sujetar el cuerpo del abogado.

Un rugido de triunfo brotó de su garganta. La lucha ya estaba decidida; su adversario no lograría resistir su terrible abrazo, oyendo crujir todos sus huesos. Cuando lo soltase sólo quedaría una masa informe.

Apretó con todas sus fuerzas, pero no se oyó el crujir de los huesos de Donald, pues el joven resistió la terrible presión de aquellos potentes brazos. No obstante, Donald sentíase aprisionado, sin poder efectuar ningún movimiento. La lucha cuerpo a cuerpo no le convenía, el mayor peso y experiencia en presas daban ventaja al luchador. Le convenía actuar con rapidez.

Podía hacer una zancadilla a Gorila, pero no le convenía, pues ambos caerían al suelo y la ventaja de su adversario aumentaría. Alzó la rodilla, golpeando el estómago de Kramer, y éste dejó escapar un gemido aflojando la presión de sus brazos.

Donald esperaba esto y actuó con prodigiosa celeridad. Con brusco movimiento se liberó y golpeó con los puños el estómago y flancos de Gorila Kramer. El boxeador se arrugó como un acordeón. Se encontraba a su merced y el joven tuvo reparo en golpearle. Pero debía terminar la pelea.

Y lo hizo. Un formidable gancho derribó a Gorila Kramer, quedando con los ojos abiertos fijos en el techo.

—¿Cómo te encuentras, Donald? —preguntó Natalia con ansiedad.

—Muy bien; ese mastodonte no tanto —respondió arreglándose el desorden de su ropa.

El encargado del local se acercó.

—Lo lamento, señor Maxwell. No hemos podido evitar la pelea. Llamaré a la policía y se llevarán detenido a Gorila Kramer.

—No es necesario. Quizá gran parte de la culpa ha sido mía. Todos los destrozos efectuados los pone en mi cuenta.

—Señor Maxwell, la casa...

—No insista, amigo. Todo lo pago yo, hagan el favor de no molestar a Gorila Kramer.

El luchador ya había recobrado el conocimiento, aunque continuaba en el suelo, sin poderse levantar. No obstante su estado

de inconsciencia, habíase enterado de lo dicho por el joven. Le miró con admiración, mientras se tocaba su dolorida mandíbula.

—¿Damos por terminada la pelea, Kramer?

—Sí, no puedo levantarme.

Donald le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Lo hizo con cierta precaución, previendo una cobarde maniobra y ser atrapado de nuevo entre las garras de Gorila Kramer.

Su precaución fue innecesaria, pues el luchador no intentó traicionarle. Al contrario, se cogió con fuerza, logrando incorporarse. Se tambaleaba ostensiblemente y Donald le ayudó a sentarse en su silla.

—Una copa de champaña le reanimará, ¿no cree?

—Sí.

Con mano temblorosa se llevó la copa a los labios, bebiendo con avidez.

—¡Pega usted como un diablo! —comentó con admiración—. Debía haberse dedicado al boxeo.

—Estudiaba para abogado. Hacía mal efecto presentarse en clase con un ojo negro o una ceja abierta. Por eso no seguí adelante.

—Pues fue una lástima, se lo aseguro.

Y se tocó la dolorida mandíbula.

—¿No me guarda rencor? —inquirió Donald con avidez: la nobleza del luchador le impresionó.

—Le hubiera matado, pero al oírle decir que tenía usted gran parte de la culpa y que pagaba los destrozos hechos, mi rencor se desvaneció.

—Me alegro, Kramer.

Donald pidió la cuenta, pagó sin hacer ninguna pregunta y se despidió de Gorila Kramer.

De nuevo se encontraba en su coche con Natalia.

—¿A dónde vamos, preciosidad?

—A mi departamento, Donald.

Y se estrechó contra el hombro varonil. Donald se estremeció al contacto del turgente cuerpo de ella y asintió.

—¿En el mismo sitio?

—Sí. ¿Te acuerdas?

—Naturalmente. La memoria debe ser una de las virtudes de mi profesión.

—Eres un ser odioso.

Donald sonrió y con suavidad se desprendió de ella.

—Debo conducir y de esta forma resulta peligroso.

Natalia introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. La cerró Donald, y ella se le abrazó.

—Mi diabólico abogado.

El joven la besó apasionado. Natalia echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, habiendo perdido la noción de cuanto la rodeaba.

CAPÍTULO II

Ya era casi de día cuando Donald Maxwell entró en su piso.

Se quitó la americana, dejándola cuidadosamente en una silla. Cogió el diario de la noche e intentó echarle una ojeada, pero desistió y se desnudó apresuradamente, metiéndose en el lecho.

Aquel día no tenía ningún asunto urgente, pudiendo dormir hasta después del mediodía. Se trataba de un privilegio de su profesión. A veces podía disponer de cuantas horas le apeteciese, mientras en ocasiones trabajaba veinticuatro horas seguidas, sin poderse tomar el menor descanso.

No podía quejarse de su suerte, ya que apenas establecido logró dos resonantes éxitos como abogado defensor, obteniendo un gran renombre entre los de su profesión.

Esto le animó considerablemente, pues realizó un gran esfuerzo para conseguir el título, sintiendo una pasión desenfadada por su profesión.

Su conducta era alocada, debiendo frenarla y adoptar una actitud irreprochable. Antes de cerrar los ojos comprendió que no le era posible, las mujeres le atraían como un poderoso imán, no pudiendo hacer nada por evitarlo. Y le gustaba cambiar, que siempre la misma mujer le cansaba.

Sonrió al recordar las palabras de Natalia. Le pronosticó que se enamoraría. Esto no podía ocurrir, ninguna mujer lograría sujetarle. El no había nacido para casado.

Se quedó dormido profundamente.

Donald se restregó los ojos y se desperezó. Abrió el cajón de la mesita de noche y echó una ojeada a su reloj. Las tres de la tarde. De un salto se levantó y miró por la ventana. Hacía un tiempo espléndido y desperdició aquella hermosa mañana durmiendo.

No debía trasnochar tanto y así podría ir a una playa de las cercanías y zambullirse en el mar.

Cogió el diario y leyó el titular, encogiéndose de hombros. Casi nunca daba excesiva importancia a las noticias políticas. Iba a volver la hoja, cuando se detuvo. Sus ojos estaban fijos en unos titulares.

—¡Dios mío, no es posible!

Se desnudó y se metió bajo la ducha, dejando caer el agua fría sobre su cuerpo. Estaba aturdido, y la impresión despejó su cabeza. Tras haber cerrado el grifo, se frotó vigorosamente con una toalla y se vistió.

Encendió un cigarrillo antes de volver a coger el periódico, sentándose en una cómoda butaca, leyendo con serenidad la noticia que tanto le impresionó minutos antes. La expresión de su rostro era dura.

EL FISCAL FRIEND DETENIDO, ACUSADO DE ASESINATO.

No podía ser posible. El fiscal Friend era el hombre más noble que había conocido. Era incapaz de cometer una acción semejante. Siguió leyendo:

«Anoche fue detenido Edmund Friend, el conocido fiscal, cuyo nombramiento como fiscal del Estado era inminente. Se encontraba en la habitación de un conocido hotel de la ciudad, frente al cadáver de Charles Burgess, famoso delincuente. La habitación estaba ocupada por Burgess. Edmund Friend no se ha defendido, aceptando ser el asesino».

El periodista proseguía con divagaciones y haciendo resaltar la personalidad de los protagonistas del drama, pero sin dar datos de

interés.

Donald siguió fumando, completamente abstraído en sus pensamientos. Él no podía creer en la culpabilidad de Edmund Friend, pues le conocía muy bien, pese a haber hablado tan sólo en una ocasión con él.

Nadie le inspiró tanto respeto como el fiscal Friend. Conocía a la perfección su historial, siendo un hombre justo y amante de la justicia. Jamás se ensañaba con un acusado, limitándose a demostrar su culpabilidad y obteniendo el castigo merecido por su fechoría.

A veces resultaba sorprendente su actitud, pues al existir pruebas de la inocencia del hombre sentado en el banquillo de los acusados, se esforzaba hasta el máximo por demostrarlo. Su afán era luchar por la justicia, sin buscar éxitos personales para él.

Nadie podía acusarle de haber ocultado datos, ni abusado de su elocuencia para llevar a un hombre a la silla eléctrica. Su honorabilidad estaba fuera de toda duda.

Un hombre así no podía haber cometido un asesinato.

Como afirmaba la noticia, iba a ser inminente su nombramiento de fiscal del Estado. Meta merecida por su brillante carrera.

Edmund Friend siempre fue para él como un símbolo de la justicia. Así mismo se prometió imitarle. Por este motivo sólo defendía a un cliente cuando se hallaba convencido de su inocencia. Su meta la constituía el conseguir la justa fama de que gozaba Friend.

Y precisamente aquel hombre estaba acusado de asesino, siendo admitido por la acusación.

No, no podía creerlo. Allí existía algo oculto, una vil maquinación para destruir la vida ejemplar de aquel hombre.

Salió a la calle preocupado. Tropezó en dos ocasiones y se disculpó maquinalmente. En su mente sólo existían ideas contradictorias. Compró tres periódicos distintos y llegó al restaurante.

Un camarero se le acercó.

—Siempre el último cliente, Donald.

—Sí, Joe. Nunca perderé esa maldita costumbre de levantarme tarde.

—¿Era rubia? —preguntó el camarero guiñándole un ojo.

—Sí, endiabladamente rubia.

—¿Una sopa, un par de huevos y un bistec con patatas?

—Sí, lo de siempre.

No tuvo tiempo de ojear los periódicos, pues Joe le sirvió con increíble rapidez la sopa.

—¿Ha leído lo del fiscal Friend, Donald?

—Sí.

—Es sorprendente. Un hombre tan entero e inteligente.

—Verdaderamente increíble.

El camarero miró al joven con atención, impresionado por su tono.

—¿Acaso no le cree culpable?

—Se me hace cuesta arriba. Al último hombre a quien creería capaz de cometer un asesinato es Edmund Friend.

—Quién sabe. Siempre existen cosas insospechadas.

En el pasado del fiscal Friend podía existir algo turbio y Charles Burgess quiso hacerle chantaje.

—No, Joe. El fiscal Friend no puede tener nada oculto en su existencia —con un gesto contuvo la réplica del camarero—. Y si fuese así, su rectitud le haría aceptar las consecuencias antes de cometer un asesinato.

—Siempre existen cosas sorprendentes. Tanto en las películas como en la realidad suelen ocurrir. El ser humano es muy complejo.

—Llevas razón. Pero no es éste el caso de Edmund Friend. Es el mejor hombre que he conocido.

—Quizá tenga razón, Donald.

Y Joe se alejó. Donald le siguió con la mirada. Aquel hombre continuaba dudando de la inocencia del fiscal Friend, y, como él, todos los habitantes de la ciudad.

Sí un acusado admitía su culpabilidad, la defensa sólo servía para aminorar la pena.

Comió sin su acostumbrado apetito, notando un mal sabor de boca. Y no se debía a lo bebido la noche pasada, pues no abusaba del champaña ni del *whisky*. Se debía a aquella desagradable noticia.

Cuando hubo terminado, Joe le sirvió café, encendiendo un cigarro, enfrascándose en la lectura de los periódicos. Todas las noticias referentes al caso de Friend eran muy parecidas, no

existiendo la menor contradicción. Y esto resultaba muy extraño entre los periodistas, pues les gustaba intrigar a los lectores con vagas suposiciones.

En esta ocasión, no. Todos estaban de acuerdo.

Charles Burgess fue hallado en su habitación con el corazón destrozado por un balazo. Frente a él Edmund Friend sosteniendo una pistola, sus facciones contraídas por una extraña culpabilidad.

Donald, con gesto cansado, dejó los diarios sobre la mesa. Encendió otro cigarro y contempló distraído las extrañas espirales producidas por el humo.

Ni admitiendo el fiscal Friend su culpabilidad, él creía en ella. En aquel asunto existía algo extraño, y todos sus esfuerzos estarían destinados a esclarecerlo.

De ser cierto, todo su ideal se derrumbaría estrepitosamente. Ya no podría creer en otro hombre.

A un gesto suyo se acercó Joe.

—¿Le ha impresionado lo del fiscal Friend?

—Sí, Joe.

—¿Sigue sin creerle culpable?

—Sí.

—Él lo admite.

—No importa. Sé que es inocente.

—Eso es absurdo.

—No, no lo es.

El camarero recogió el importe de la consumición y se encogió de hombros viendo alejarse al joven. Ya hacía más de dos años que le servía, admirándole. Siguió sus éxitos con entusiasmo, teniendo fe en su porvenir. No obstante, en esta ocasión no estaba de acuerdo con él. A pesar de su inteligencia, se hallaba equivocado.

Donald fue a por su coche y se dirigió en busca del inspector Joyce. Lo encontró en su despacho. El inspector Joyce casi masticaba un grueso puro. Levantó la cabeza y clavó su penetrante mirada en el visitante.

—¡Hola, Maxwell! —saludó con sequedad.

El joven no se dejó intimidar por el tono del policía y se acercó a la mesa sonriente.

—Deseo hablarle, inspector Joyce.

—Yo no, muchacho —masculló enfurecido—. Me haría un favor

si se marchara.

—Yo no soy un periodista. No he venido a buscar información.

—Lo preferiría. De esta forma quizá hubiese una posibilidad.

—¿Sobre la inocencia de Edmund Friend?

—Sí. Es culpable, admite haber disparado contra Burgess.

—¿Lo ha dicho él?

—Sí.

—Es extraño. No le creo capaz de haber matado a ese forajido.

A pesar de no haber sido invitado, el joven se sentó frente al inspector. Extrajo un cigarrillo del paquete y lo encendió. Su interlocutor no pareció sorprenderse de su atrevimiento.

—Yo tampoco. ¡Y por cien diablos, no existe ninguna duda!

—¿Cuál es su aspecto?

El inspector Joyce miró a Donald con curiosidad.

—¿Por qué ha venido a hacerme preguntas Donald?

—No veo este asunto claro, y me gustaría meter las narices en él.

—No lo haga, muchacho. Se lo aconsejo. Daría un año de paga por verme libre de él. No es agradable ver a un hombre como el fiscal Friend acusado de asesinato. Su aspecto es abatido, aunque no ha perdido la serenidad.

—¿Tiene abogado defensor?

—No, no lo ha querido.

—Lo suponía, inspector —respondió Donald con el ceño fruncido.

—¿Qué quiere decir?

—Deseo ocuparme de la defensa de Edmund Friend.

—No le aceptará. Su decisión es irrevocable.

—¿Cuándo puedo verle? —Fue la contestación del joven ahogado.

—No insista, Donald.

—Usted no puede negarse. Un abogado se puede interesar por un criminal.

—Éste es un caso distinto. Los dos conocemos a Edmond Friend.

—Precisamente por eso. No puedo permitir que llegue el día del juicio, con la absoluta culpabilidad del acusado. Éste tiene perfecto derecho a ser defendido.

—¿Y si él no quiere?

Donald hizo un vago ademán con la mano.

El inspector Joyce dio un puñetazo sobre la mesa. Be levantó. Era de corta estatura y corpulento, vistiendo un traje gris oscuro.

—Siempre se sale con la suya. Verá a Edmund Friend, aunque puede tener la seguridad de que no le gustará su visita.

—A usted y a mí no nos importa cuál será el efecto que produzcamos en el acusado. Ambos estamos seguros de su inocencia y debemos hacer cuanto esté a nuestro alcance para demostrarlo.

—Voy a avisar que preparen mi coche.

—Ahí fuera tengo el mío.

—Nos encontraremos en la cárcel. Cuando hayamos terminado la entrevista, cada uno partirá hacia un sitio distinto, ¿no?

—Lleva usted razón, inspector. ¡Hasta luego!

Donald salió contento por haber conseguido su propósito, aunque no lo puso en duda en ningún momento, pues conocía muy bien al inspector Joyce.

Dejó pasar el coche del inspector, ya que de llegar antes sería detenido, no permitiéndole la entrada en la prisión.

Así pudo cruzar los gruesos muros de la cárcel, encontrándose en el despacho del director. Éste escuchó si inspector Joyce y movió la cabeza.

—Me temo no poder complacerle, inspector.

—¿Por qué?

—El señor Friend no accederá a esa entrevista.

—No soy periodista, señor —intervino Donald.

—Lo sé, señor Maxwell. Pero el señor Friend se ha negado a recibir a nadie, absolutamente a nadie. ¿Me ha comprendido?

—Sí, le he comprendido. Pero yo soy distinto, quiero encargarme de su defensa.

—Lo intentaré. Me alegraría saliese adelante en su empeño y demostrase la inocencia del señor Friend. Nunca he conocido a un hombre mejor y me desagrada su obstinación.

—Haga el favor de entregarle mi tarjeta.

—Lo haré personalmente, señor Maxwell.

El director salió, quedando los dos hombres solos. Ambos estaban nerviosos, pese a no aparentarlo, debido al dominio ejercicio sobre sus nervios.

Diez minutos después regresó el director. No necesitaba decir

una palabra, pues su semblante demostraba cuál había sido el resultado de su gestión. Abrió los brazos al decir:

—Lo siento, pero el señor Friend no quiere recibirle.

Donald se quedó inmóvil, los labios apretados con fuerza, completamente desalentado. Fue el inspector quien barbotó una imprecación.

—Perdone, señor director, no me he podido contener. En mi oficina me permito a menudo estos desahogos.

—No se preocupe.

—No estoy de acuerdo con la decisión del señor Friend. No es correcto; si un abogado, y más si tiene la fama de Donald Maxwell, ha venido a hablarle, debe recibirle.

—Tiene usted razón.

—Voy a hablarle. Trataré de convencerle de su deber de recibir a Donald Maxwell. Si no lo consigo, presentaré mi dimisión.

Y salió del despacho hecho una furia. El director miró a Donald y sonrió.

—Es capaz de conseguirlo.

—Sí, es mi última esperanza.

La ausencia del inspector Joyce fue más prolongada que la del director. Donald empezaba a inquietarse. El inspector, a pesar de su impetuosidad, también habría fracasado. Si esto ocurría, poco podría hacer a favor de Edmund Friend.

Cuando entró en la estancia el inspector Joyce, su semblante fue un enigma para los dos hombres; ninguno de ellos tuvo la seguridad de si había triunfado o fracasado en su empeño.

—Lo he conseguido, muchacho. Pero no confío logre arrancarle una sola palabra, ni su consentimiento para defenderle.

Donald dejó escapar un suspiro de alivio.

—Menos mal. Mi mayor interés estriba en hablarle.

El joven no tardó en encontrarse en una pequeña sala. Se sentó ante una tela de alambre y esperó. Su corazón latió con violencia cuando vio al otro lado la alta figura del fiscal Friend. Vestía correctamente y parecía haber envejecido en aquellas horas. Ya contaba cincuenta y ocho años, sus cabellos eran escasos y las sienes estaban completamente blancas.

Se sentó sin mirar apenas a su visitante.

—He venido para hablarle, señor Friend.

Su voz era opaca, carente de emoción.

—¿Se acuerda de mí?

—Sí, creo haber hablado con usted en una ocasión. Es usted un joven abogado de gran porvenir.

—Eso dicen, señor.

No obtuvo contestación. Edmund Friend permanecía silencioso, como si no tuviese ningún interés en seguir hablando. Donald le miraba con fijeza, comprendiendo el sufrimiento de aquel hombre, a pesar de su aparente indiferencia.

—Me he enterado de que no tiene abogado defensor, señor Friend.

—Así es.

—Me permito ofrecerme, todo cuanto pueda estará a su disposición.

—Fracasaría usted. Mi culpabilidad ha sido demostrada.

—No creo en ella.

—No insista, Maxwell.

—Aunque usted no lo quiera, insisto en defenderle. Usted necesita un abogado y descifrar este enojoso asunto.

Friend por primera vez miró de frente a su visitante.

—Se lo prohíbo terminantemente.

—¿Por qué, señor Friend?

—Es usted un joven ambicioso. Sólo desea conseguir la fama con mi defensa.

Donald se levantó. Su rostro estaba enrojecido por la indignación.

—No merezco ser insultado. Como usted ha dicho hace poco, he conseguido cierta fama. Tengo algún dinero y no soy ambicioso. Sólo defiendo a quien creo inocente.

Friend bajó los ojos ante la firmeza de la mirada del joven. Por vez primera pareció perder su inalterable serenidad, moviéndose nervioso. Se repuso y dijo:

—Perdone si le he ofendido, no ha sido esa mi intención. ¿Por qué cree en mi inocencia?

—Usted siempre ha sido una meta para mí, mi anhelo es seguir su ejemplo. Cuando un hombre se dedica a las Leyes es para conseguir el triunfo de la justicia. Si usted es condenado como asesino, ni yo ni nadie podremos creer en nuestros semejantes. Ya

no existirá un ser digno.

—¿No exagera usted?

—En absoluto, señor Friend. Siempre he confiado en su honorabilidad, en su sentido de la justicia. Un hombre como usted es incapaz de matar a un semejante. En su alma no se puede albergar ni el odio ni el temor.

—Es usted aún muy joven.

—Tengo cierta experiencia.

—Soy culpable, disparé contra Charles Burgess.

—Me cuidaré de su defensa, señor Friend.

—No, no la admito.

Donald contempló cómo su interlocutor se levantaba, mostrándose excitado.

—¿Qué teme que pueda descubrir? —inquirió con frialdad.

El detenido se dejó caer en la silla; ahora se mostraba más abatido. Donald sintió una infinita compasión hacia él.

—Nada, absolutamente nada. Sólo desearía que el juicio se celebrase con la menor publicidad posible.

—Eso no podrá ser. Es usted un hombre importante, mucho más de lo que pueda imaginarse. En usted se encierran las virtudes de un patricio, habiendo sido un ejemplo para todos los ciudadanos de la nación. Un símbolo semejante no puede ser manchado por el barro. Yo me opondré a ello.

Vio cómo las firmes facciones de Edmund Friend se contraían. El fiscal habíase conmovido por sus palabras. Trató de aprovecharse de esta ventaja.

—Dígame la verdad, señor Friend. Dígame cuanto sepa de este asunto.

—No sé nada, Maxwell. Todo está claro; yo disparé contra Burgess.

El rostro de Friend había vuelto a recobrar su expresión acostumbrada. Donald se levantó. Su voz sonó con firmeza:

—En contra de su voluntad, encontraré la verdad, señor Friend.

Éste no respondió.

—Buenas tardes. Le agradezco que me haya recibido.

—Y yo le agradezco su visita y su opinión sobre mí.

Donald le miró por última vez, viéndole sereno y resignado.

Se trataba de algo muy extraño. El continuaba estando

convencido de la inocencia de aquel hombre, la entrevista sostenida bastó para fortalecer su opinión. Sin embargo, Edmund Friend afirmaba haber disparado contra Burgess, y no mentiría.

CAPÍTULO III

—¿Cómo ha ido, muchacho? —preguntó el inspector Joyce al ver entrar a Donald.

El joven se encogió de hombros.

—Es muy testarudo, nada podrá hacerle cambiar de parecer.

—Eso ya lo veremos, inspector.

—Se obstina en defender al fiscal Friend.

—Sí, tengo la completa seguridad de su inocencia.

—A pesar de reconocer ser culpable.

—Pese a ello. Existe un misterio y lo descifraré, aunque sea lo último que haga en la vida.

Los dos hombres cambiaron una mirada de admiración. Las palabras del joven abogado fueron pronunciadas sin la menor jactancia, con la firme decisión de cumplirlas.

—Le admiro, señor Maxwell —dijo el director—. Siempre que lo desee, podrá hablar con el señor Friend si él no se opone.

—Se lo agradezco, es usted muy amable.

—No, también estoy interesado en demostrar la inocencia del hombre... si es cierta.

—No puede ponerla en duda.

Se despidieron del director. Joyce preguntó:

—¿Desanimado, muchacho?

—No. Ahora tengo la seguridad de no equivocarme. Quisiera ver la habitación donde se cometió el crimen.

—Venga conmigo, Donald. No encontrará ningún inconveniente.

—Gracias, inspector.

—No debe darme las gracias por nada —gruñó Joyce—. Siempre me ha simpatizado, Maxwell, pero en esta ocasión encontrará toda la ayuda que pueda prestarle. Su fin es humanitario...

Se detuvo y miró con fijeza al joven.

—¿Cuál es su verdadera intención, Donald?

—Creo en la inocencia de Edmund Friend, y sólo deseo demostrarla. No me guía el menor afán de lucro, y mucho menos de publicidad. Mi nombre ya empieza a ser conocido y no la necesito.

—Le creo, muchacho.

Donald condujo su coche como si fuese un autómatas, aunque sorteó hábilmente cuantos obstáculos se le pusieron delante, debido a su experiencia de conductor. Estuvo constantemente pensando en la entrevista sostenida con Edmund Friend, recordando todas las palabras cruzadas, como si entre ellas estuviese la solución de aquel misterio.

Movió la cabeza, no hallando el más ligero indicio que pudiese conducirlo a la verdad. De una cosa quedó convencido: el fiscal Friend era inocente.

La expresión de su rostro, su apagada mirada, la serenidad de su continente, todo atestiguaba su inocencia, a pesar de sus palabras. Pero Friend no deseaba pronunciar una palabra aclaratoria, queriendo ser el culpable de la muerte de un vulgar delincuente como Charles Burgess.

Frenó bruscamente, quedando su coche a escasa distancia del que conducía el inspector Joyce, a tiempo que éste salía a la acera. Se le unió, entrando en el hotel.

El conserje, al verles entrar, palideció, apresurándose a abandonar su lugar y salirles al encuentro. Con sencillez le tendió una llave.

—¿Desea la compañía de un botones, inspector Joyce?

—No, gracias. No necesitaremos ayuda.

Subieron en el ascensor, no tardando en llegar al cuarto piso, donde se encontraba la habitación ocupada por el infortunado huésped.

El inspector Joyce se detuvo ante una puerta e introdujo la llave en la cerradura, haciéndola girar sin la menor dificultad. Con un rápido movimiento hizo girar el interruptor, iluminando la estancia.

Donald la examinó de un vistazo. Se hallaba en el mismo estado de cuando fue encontrado el cadáver de Burgess. Ningún objeto había sido tocado. El joven entendió inmediatamente que no lograría hallar una pista nueva, pues todo fue cuidadosamente

examinado por los sabuesos de la policía. Y Joyce tenía fama de ser muy concienzudo.

Pero esto no le preocupaba, él tenía una idea fija. Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, fue observando con mayor detenimiento la habitación.

Todo se hallaba en el mayor orden, exceptuando una mesita de centro, derribada... Quizá Burgess se apoyó en ella antes de caer muerto, haciéndola caer con su peso.

—¿Dónde estaba el cadáver de Burgess?

El inspector Joyce señaló casi el centro de la estancia.

—Aquí —respondió lacónico.

—La mesa fue derribada por él al caer. ¿No cree?

—Ésa es mi opinión.

—¿Dónde fue encontrado Edmund Friend?

—En este lugar. —Joyce señaló un punto entre el cadáver y la puerta—. Sostenía la pistola recién disparada.

Donald avanzó hasta llegar a la pared opuesta, donde se veía muy visible la hendidura de un proyectil. La examinó con atención, volviendo la cabeza para atrás y analizando posiciones.

—¿Cuántos disparos se hicieron, inspector?

—Dos.

—Una bala se quedó incrustada en el cuerpo de Burgess, ¿verdad?

—Sí, le mató en el acto.

—La otra no le alcanzó. El asesino tenía una certera puntería. ¿Es ésa su opinión?

—Sí, le destrozó el corazón.

—En cambio, el otro balazo no llegó siquiera a rozarle.

—Cierto. Quizá se debió al hacer Burgess un rápido movimiento, al darse cuenta del peligro que le amenazaba.

—Es probable —asintió Donald.

Un extraño brillo iluminaba sus pupilas.

Todavía hizo algunas preguntas, respondiéndole el inspector con su acostumbrada brusquedad. Esto no preocupaba al joven en absoluto; tratar de hallar amabilidad en el inspector Joyce era lo mismo que intentar encontrar agua en el desierto del Sahara. No obstante, tenía la seguridad de hallar en él la máxima ayuda posible.

—Ya nos podemos ir, inspector Joyce.

—¿Ha averiguado cuanto deseaba?

—Creo que sí.

En la calle se despidieron. Cosa extraña: el inspector Joyce estrechó con fuerza su mano.

—Muchacho, le deseo mucha suerte.

El resto de la tarde lo dedicó Donald a hacer averiguaciones sobre el fiscal Friend. Todo cuanto descubriría sólo servía para ratificar su opinión sobre aquel hombre digno y honrado. Ni el menor indicio contra su integridad moral.

Entró en una gran biblioteca pública, acercándose a una empleada, pidiéndole un libro publicado por Edmund Friend. La mirada de Donald se posó con admiración sobre la joven, siguiendo su ondulante andar. Movi6 la cabeza y se maldijo por haber sido asaltado por aquella tentación.

Él no debía fijarse en ninguna mujer, por bonita que fuese... Sus cinco sentidos debían estar dedicados a aquel caso. Cualquier distracción podía acarrearle funestas consecuencias.

La empleada le entregó el volumen, envolviéndole en la tentadora mirada de sus ojos azules. Sus gruesos y rojos labios, terriblemente atractivos, le sonreían.

—¿Desea algo más, señor?

—No, muchas gracias.

Sorprendió un destello de contrariedad en las azules pupilas, notando una desagradable sensación en el est6mago. Se mordió los labios y permaneció impasible. Aunque no pudo evitar seguir con la mirada el ondulante movimiento de las caderas de la bella empleada.

Se dedicó a repasar con la mayor rapidez posible el libro, deteniéndose en algunos pasajes. Éstos fueron minuciosamente leídos por él, asintiendo de vez en cuando con movimientos de cabeza.

El hombre que había escrito aquellas líneas no podía en forma alguna cometer un crimen. Nada ni nadie podría inducirle a ello. Si Burgess intentó hacerle víctima de un desvergonzado chantaje, Edmund Friend afrontaría dignamente la situación, sin querer rehuir las consecuencias.

La fuerza moral de aquel hombre era inmensa, no pudiendo ser

doblegada. No obstante, aceptaba ser el autor de un crimen no cometido por él. Algo muy poderoso le obligaba a realizar aquella acción, debiendo ser de vital importancia.

Se levantó y devolvió el libro a la empleada, dándole las gracias. Ésta le miraba con lánguida expresión.

—¿No desea leer nada más? Cerramos dentro de media hora, señor.

—Tengo mucho trabajo, señorita. Lo lamento mucho.

Y le golpeó con afecto en la mano, alejándose apresuradamente. No le convenía poner a prueba su espíritu de sacrificio, pudiendo caer en la tentación.

Todavía realizó dos gestiones más hasta llegar al restaurante, apresurándose a servirle Joe, el pelirrojo camarero.

—¿Mucho trabajo, Donald?

—Sí. Hasta es probable esté unos días sin venir, si no puedo evitarlo.

—Es una lástima. Me gustaría comentar los partidos de béisbol de la próxima jornada.

—No he pensado en ellos.

Joe le miró sorprendido. Esto no había llegado a ocurrir nunca; por mucho trabajo que tuviera Donald Maxwell, siempre comentaba con él los partidos de béisbol y los más importantes combates de boxeo.

—¿Muy preocupado con el caso Friend?

—Sí, Joe.

—No puedo darle ninguna opinión.

—Lo supongo —respondió el joven, esbozando una débil sonrisa—. Aún no he conseguido ninguna.

Poco después empezaba a cenar. Ya volvía a tener su acostumbrado apetito. Le convenía estar en forma, dueño de todos sus reflejos y su natural don de deducción, para enfrentarse con aquel terrible problema.

En su corta pero laboriosa carrera de abogado, jamás vio un caso semejante: un acusado reconociendo su culpabilidad y no queriendo ser defendido.

Esto no era natural, debiendo ocultar un horrible secreto. Un hombre de tan gran prestigio como Edmund Friend prefería ser ejecutado como asesino, rodeando de barro su nombre, antes de

hacer pública la verdad.

No debía pensar más en la honorable figura del fiscal Friend, dedicando todos sus esfuerzos a sus investigaciones. El hallarla la luz que le permitiría esclarecer aquel tenebroso asunto. Una vez conseguido, obraría en consecuencia, aunque tenía la seguridad de no secundar la actitud de Friend.

—¿Por ahí, Donald?

—No, Joe. A la cama; debo descansar lo menos ocho horas.

Y sonrió al ver cómo la boca del pelirrojo camarero se abría en toda su extensión. Joe no daba crédito a sus oídos; Donald Maxwell acostándose pronto. ¡Parecía increíble!

Y era cierto, pues el joven habló con gran seriedad. Su tono de voz no admitía bromas.

Anduvo con lentitud hasta llegar a su piso. Abrió la puerta y encendió la luz. Fue a cerrar, cuando sus ojos se clavaron en un papel que había en el suelo, habiendo sido echado por debajo de la puerta.

Se agachó y lo cogió. Antes de desdoblarlo lo examinó con atención. Se trataba de la hoja de un bloc ordinario.

Lo leyó de un vistazo, pues tan sólo tenía escasas palabras escritas con toscas letras:

«Maxwell, déjese de interesarse por el caso Friend.

Es un buen consejo».

«Un amigo».

¡Vaya, acababan de enviarle una advertencia! Mejor dicho, una amenaza. Ya estaban enterados de sus diligencias y, al parecer, no gustaban a la persona que se denominaba un amigo.

Guardó el papel cuidadosamente en su cartera, no pareciendo sorprenderse de recibir aquel anónimo. Alguien, probablemente el verdadero asesino, seguía coa atención sus movimientos.

La amenaza no era hecha en vano, Donald tenía esta seguridad, pero no se sintió impresionado. Cuando se decidió a esclarecer la verdad de aquel caso, ya sospechó que encontraría grandes obstáculos, incluso correr peligro su propia vida. Esto no le aterraba lo más mínimo, pues le gustaba afrontar los riesgos. Se trataba de

una pasión innata en él. La amenaza de un asesino no le haría desistir de la misión emprendida.

Ya no se preocupó y procedió a desnudarse, tras haber bebido un trago de *whisky*. Fumó acostado, procurando ir analizando las diligencias efectuadas aquella tarde. Cuando llegó a la biblioteca y evocó la sugestiva figura de la empleada, no pudo evitar que un suspiro de pesar brotase de su pecho.

Apagó la luz, no tardando en quedarse profundamente dormido.

A las ocho de la mañana ya se encontraba bajo el chorro de agua fría, frotándose el cuerpo vigorosamente. Se vistió sin apresurarse, preparándose un frugal desayuno.

Su secretaria y un muchacho le miraron sorprendidos, no recordando haberle visto a aquella hora en la oficina. Donald examinó algunos papeles y asintió.

—Todo en orden. Si viene un cliente con un asunto urgente, dígame que es imposible atenderle por algunos días, sea quien sea. ¿Me ha comprendido, señorita Turner?

Su secretaria asintió. Se trataba de una mujer de unos veintiséis años, alta y desgarrada. Poseía tanta inteligencia como escasos eran sus atractivos personales. La eligió entre varias candidatas, la mayoría de las cuales poseían unas figuras espléndidas.

En su trabajo nunca quiso tener la menor tentación, y menos en su propia oficina.

—Sí, señor Maxwell.

—Si durante varios días no aparezco por aquí, no deben preocuparse. Tienen trabajo suficiente para no aburrirse. Si les falta dinero, cobre este cheque de cincuenta dólares. Jimmy, debes obedecer las órdenes de la señorita Turner.

Jimmy, de diecisiete años y aspecto decidido, asintió sin mostrar la menor contrariedad.

—Sí, señor Maxwell.

Donald, tranquilo por cuanto se refería a su oficina, salió a la calle. Tenía la seguridad de ser seguido, pero esto no le preocupaba. El autor del anónimo no se molestaría en vano, sino que trataría de cerciorarse de si seguiría su consejo.

Tan pronto puso en marcha su coche y hubo recorrido un centenar de metros, adquirió la seguridad de ser seguido. Un «Ford» negro, de modelo antiguo, iba tras él. Esto ya ocurrió durante el

trayecto hasta su oficina, aunque no pudo tener la seguridad.

Ahora toda duda quedaba desvanecida. Se trataba del mismo coche, aunque se mantenía a larga distancia, no pudiendo contemplar a su ocupante. Realizó algunas maniobras para conseguirlo, pero el «Ford» se mantuvo alejado, demostrando su conductor estar avezado a semejantes maniobras.

Comprendiendo no poder desembarazarse de su pertinaz perseguidor, Donald se encogió de hombros, siguiendo hacia delante. En realidad no le importaba ser seguido; cuanto hiciese aquel día podía ser conocido por sus enemigos.

Guió decidido hasta detenerse ante una casa de modesta y confortable apariencia, situada en las afueras de la ciudad. Saltó del coche y avanzó por un pequeño y bien cuidado jardín hasta detenerse ante la puerta y tiró de una campanilla.

No tardó en abrirse la puerta y apareció una mujer de avanzada edad, mirando interrogativamente al visitante.

—¿Haría el favor de avisar a la señorita Friend?

—La señorita Friend no recibe a nadie.

—A mí, sí, señora. Haga el favor de entregarle mi tarjeta.

La mujer fue a coger la tarjeta cuando tras ella sonó una voz juvenil y de agradable acento, aunque con una nota de tristeza:

—No recibo a nadie, señor. Haga el favor de marcharse.

—Debe leer mi nombre, señorita Friend.

—Ya puede irse. Magda, cierra la puerta.

Pero Donald, con rapidez, puso el pie, impidiéndolo.

—No soy un periodista.

—Todos dicen lo mismo, estoy harta de escuchar tantas preguntas.

—Me llamo Donald Maxwell. Soy abogado.

—Haga el favor de marcharse —volvió a decir la joven.

Donald ya no se pudo contener. Con un leve empujón logró abrir la puerta, apartando a Magda. Cerró la puerta tras sí, quedando en el amplio vestíbulo.

Entonces vio a la joven. Apenas habría rebasado los veinte años, era de mediana estatura y de sugestivas curvas. Su rostro, que estaba pálido, era de facciones finas y armoniosas, destacando sus grandes ojos claros y los labios de firme trazado.

La muchacha avanzó hacia él con furia. Donald parpadeó

sorprendido, comprendiendo iba a ser objeto de una agresión. Lydia Friend ya se encontraba muy cerca de él, dispuesta a abofetearle.

Y lo hizo, descargando su diestra contra el rostro del joven.

—¡Es usted un insolente! —exclamó irritada.

Donald actuó con su acostumbrada rapidez y asió la muñeca de la joven. Ésta forcejeó para librarse, no logrando su propósito, pues el abogado la sujetaba con fuerza.

—¡Suélteme! ¡Es usted un canalla!

—No lo crea, necesito hablar con usted.

—No le diré una sola palabra. ¡Salga de mi casa!

Y propinó un puntapié en la espinilla de Donald. Éste notó un terrible dolor, no pudiendo contener un furioso juramento.

No por ello soltó su presa; al contrario, la sujetó con los dos brazos, estrechándola contra su cuerpo. Sintióse aturdido al notar el turgente cuerpo de la muchacha, convenciéndose de no ser falsa su adorable apariencia.

La buena mujer corrió hacia ellos, cogiendo el brazo de Donald.

—Está usted abusando, señor. La señorita Friend le ha ordenado salir y debe obedecerla.

—Perdone, señora. Mi comportamiento no puede ser muy correcto, pero tampoco lo ha sido la señorita. Debía haberme escuchado antes de querer obligarme a salir, y menos de esa forma.

Lydia continuaba forcejeando. Donald la miró y la soltó.

La muchacha sacudió sus castaños y rubios cabellos, mientras sus ojos centelleaban de indignación. No era precisamente una gran belleza, pero de su rostro se desprendía un encanto singular.

—Se ha portado como un rufián, usted no puede ser un abogado. Es un periodista, desea adquirir una información en exclusiva para su odioso diario.

—¿Por qué voy a mentirle, señorita Friend?

Esta sencilla contestación hizo enmudecer a la muchacha. Ahora contempló al forzado visitante como si lo viese por primera vez.

—Quizá tenga razón. ¿De veras es abogado?

—Si. ¿Por qué iba a engañarla?

—¿Qué desea usted?

—Hablarle. Ayer tarde visité a su padre.

—¿Habló con mi padre? ¿Qué le dijo? A mí no ha querido recibirme.

Donald no respondió, no sabiendo cómo hacerlo ante su impetuosidad. Lydia se dio cuenta e invitó:

—Perdone mi recibimiento. ¿Quiere hacer el favor de pasar?

Y le condujo a un saloncito, amueblado con sencillez, pero con un gusto exquisito. Donald cojeaba visiblemente y ella lo advirtió.

—¿Le he hecho daño?

—Sí —asintió Donald con incontenible rencor.

—Lo lamento, créame, lo digo de veras.

—Y yo también. No se preocupe, sólo es el golpe, el dolor no tardará en pasar.

—Me he portado como una salvaje.

—No se preocupe, ya ha pasado.

Magda, en silencio, depositó en una mesita una botella de *whisky* y un vaso. Donald fingió no darse cuenta de la presencia del licor. La mujer se retiró en silencio.

—¿No quiere beber un poco de *whisky*?

—No.

—Es usted rencoroso y eso no está bien.

Donald no pudo menos de admirar el semblante de la muchacha, notando una sensación extraña, nueva en él. Esto le produjo una gran perplejidad. Siempre sentíase atraído por la belleza de una mujer, pero jamás intimidado; y ahora lo estaba.

Tratando de encubrir su verdadero estado de ánimo, cogió la botella y respondió:

—No le guardo rencor.

Escanció el licor y lo probó. Era excelente.

—¿Qué le dijo papá? —preguntó Lydia con ansiedad.

—No me quiso aceptar como abogado defensor.

Ella le examinó con visible desconfianza.

—¿Qué le ha inducido a defender a mi padre?

—Siempre le he admirado. Él ha constituido mi guía desde que empecé a estudiar como abogado. Su padre es el hombre más digno que he conocido; aunque él lo afirme, jamás le creeré capaz de matar a un hombre. De ser cierto, ya no podría tener confianza en nadie.

Fue tan vehemente el tono del joven que los ojos de Lydia se llenaron de lágrimas. Con voz ahogada por la emoción musitó:

—Le agradezco esas palabras. Mi padre no puede ser un asesino.

—No obstante, insiste en haber disparado contra Charles Burgess.

La carita de Lydia se ensombreció.

—Papá no miente nunca.

—Lo tengo previsto. Sigo creyendo en su inocencia y no cesaré hasta haber logrado demostrarla.

—Gracias, señor...

—Maxwell. Donald Maxwell. Aquí tiene mi tarjeta.

—Perdone, no oí su nombre cuando lo dijo. Estaba muy irritada.

—Me di cuenta —asintió Donald notando el dolor de su espinilla lastimada.

—¿Qué hará usted para ayudar a mi padre si no acepta su defensa?

—Actuaré por mi cuenta. Necesito que conteste usted a algunas preguntas.

—Lo haré, señor Maxwell. Puede empezar.

La muchacha se mantenía erguida, mirando anhelante al joven abogado. Donald bebió un sorbo de *whisky* para ocultar su azoramiento.

—¿Le pasó algo extraordinario el día que fue asesinado Charles Burgess? —Fue la primera pregunta de Donald.

El atractivo cuerpo de la muchacha se enderezó. Donald la observaba, advirtiendo cómo su cuerpo estaba en tensión.

—Mi padre me ha hecho prometer no decir nada.

CAPÍTULO IV

El joven abogado parpadeó sorprendido; no esperaba aquella contestación. Volvió a beber otro sorbo de *whisky*.

—Usted me dijo antes no haber hablado con su padre, señorita Friend.

—Es cierto.

—Entonces... ¿cómo es posible que usted le haya hecho esa promesa?

—Me mandó una nota.

—¡Ah! Pero usted no le obedecerá. Se halla en juego su vida y su reputación. Tiene el deber de luchar para evitar su condena, y más si es inocente.

—Lo haré. En realidad no se lo he prometido, pues sólo he recibido su nota y no le he contestado. Además, no ha querido recibirme. A usted le diré toda la verdad, me inspira confianza.

—Gracias, señorita Friend. Conteste a mi pregunta.

—Aquel día me ocurrió algo sorprendente. Salí a pasear por el parque próximo, me senté en un banco y de súbito tuve la sensación de que alguien me sujetaba y perdí el conocimiento. Cuando lo recobré me encontraba aquí, y Magda me prodigaba cuidados.

—¿No recuerda nada de lo ocurrido durante ese día?

—En absoluto.

—Es muy extraño. —Donald estaba pensativo.

—¿Qué pudo ocurrirme? —preguntó la muchacha con ansiedad.

—Es primordial descubrirlo. Es lo más importante.

—¿Cómo estaba mi padre? —preguntó Lydia.

—Desalentado, aunque mostraba entereza.

—¡Pobre papá!

Y la joven se cubrió la cara con las manos, sollozando. Donald

no hizo ningún movimiento, observándola con compasión. Si hasta entonces se sintió impulsado a demostrar la inocencia del fiscal Friend por su admiración hacia él, ahora tenía otro poderoso motivo: librar a aquella linda muchacha de su angustiosa situación.

—No se desanime, señorita Friend. Procuraré demostrar la inocencia de su padre.

—No le será posible conseguirlo, cuando mi padre empieza a admitir su culpabilidad.

—Quién sabe, la suerte puede ayudarme.

—Es usted muy animoso, Dios le pague cuanto está haciendo por nosotros.

Donald quedó pensativo, no atreviéndose a mirar a la muchacha. Ésta estaba muy bella en aquellos instantes, con los hermosos ojos claros fijos en él. Sentíase subyugado por su lindo semblante, evitando la tentación de cogerle las manos y consolarla.

De haberlo hecho, lo más probable es que sus labios se uniesen, no estando bien aprovecharse de aquella circunstancia; hubiese sido una acción digna de un rufián.

—¿Conoce usted a Charles Burgess?

—No, nunca lo he visto.

—¿Ni ha oído hablar de él?

—No.

—Por tanto, ignora si su padre tenía relaciones con Burgess.

—Así es.

—¡Todo es terriblemente endiablado en este maldito asunto! —estalló Donald, sin poder contenerse.

Se serenó y miró a Lydia. La muchacha le contemplaba con interés.

—Perdone mi arrebató, no me he podido contener.

—No se preocupe, no se ha mostrado incorrecto, Además, le puedo perdonar cuanto haga o diga. Mi agradecimiento hacia usted es inmenso, jamás podré pagarle cuanto está haciendo por mi padre.

El joven se levantó, tras haber vaciado el contenido del vaso. Le alargó dos tarjetas.

—Ésta es la dirección de mi oficina y ésta la de mi domicilio. Le será difícil localizarme en estos días, pues estaré sumamente atareado. Debe hablar conmigo antes de hacer nada, pues puede

cometer un error y sernos fatal. ¿Me ha entendido?

—Sí, le obedeceré.

—Cada día la llamaré. Y así será más fácil cambiar impresiones. Y sobre todo no haga nada por iniciativa propia.

Lydia le acompañó hasta la puerta, aunque Magda ya estaba preparada para abrirla. La muchacha tendió su manecita al joven, quien se la estrechó con afecto.

—Siempre le estaré agradecida, señor Maxwell.

—¡Ah, no tiene importancia! Sólo trato, de cumplir con mi deber. Buenos días, señora.

Y se alejó por el bien cuidado jardín. Lydia no pudo menos de comentar:

—Jamás me lo perdonaré, lo he lastimado.

—Sí, chiquilla. Le pegaste un puntapié con toda tu alma.

—Le creí un periodista, me enfurecí por sujetarme. Va cojeando.

En efecto, Donald Maxwell llegó a su coche cojeando visiblemente. Cuando se sentó, no pudo menos de frotarse la parte lastimada. ¡Diablo de muchacha, le pegó con fuerza!

En realidad, carecía de importancia, dentro de una hora apenas se acordaría de aquel golpe. Pero ahora le dolía de una forma endemoniada. Colocó un cigarrillo en sus labios y lo encendió antes de poner el coche en marcha.

Pensó en cuanto le dijo Lydia, sacando la conclusión de no haber perdido el tiempo. La joven era una parte importante de aquel extraño suceso.

Miró hacia atrás, tratando de descubrir al negro «Ford». No lo vio y esto le hizo pensar que se había equivocado al creer que era seguido. Su imaginación también pudo ser excesiva y encontrarse ante un caso vulgar. Pero no lo creía así.

Todas sus averiguaciones le inducían a creer que se hallaba ante un plan diabólicamente trazado. Si no estaba equivocado, una mente privilegiada y criminal había envuelto a Edmund Friend en una inmensa telaraña, donde en vano podría debatirse. Y el fiscal no lo intentaba.

Una terrible amenaza suspendida sobre la cabeza de Edmund Friend, le obligaba a admitir que era el asesino de Charles Burgess. Y sólo su hija podría ser el poderoso motivo de la insólita conducta del fiscal. Donald estaba convencido de ello.

Y en el extraño suceso acaecido a Lydia podía encontrarse la clave del enigma.

La muchacha notó cómo la sujetaban y trató de desasirse, perdiendo el conocimiento. Cuando lo recobró se encontraba en su casa, atendida por Magda. Se dio un golpe en la frente; no se le ocurrió preguntar a la anciana criada cómo encontró a Lydia.

Se trataba de un lamentable descuido. Con su experiencia no debía haberlo cometido. Y todo se debía a la influencia de los bellos ojos claros de la joven. En su trabajo siempre apartaba de su camino cuantos encantos femeninos le salían al encuentro, siendo su norma habitual.

Y en esta ocasión no ocurrió así. Era imperdonable, y más siendo un caso tan apasionante, teniendo el máximo interés por él. Todo su afán consistía en demostrar la inocencia del fiscal Friend, aquel hombre digno y ejemplar. De no conseguirlo, su máximo símbolo de la justicia se desvanecería.

Si, por desgracia, en sus investigaciones comprobaba la culpabilidad del fiscal, jamás volvería a creer en hombre alguno. Quedaría convencido de que las pasiones humanas superaban todo sentido del deber.

Pero no sería así; Edmund Friend era inocente. Su porte sereno y resignado lo atestiguaba.

Se detuvo ante una cabina telefónica. Saltó del coche y entró en ella. Marcó un número y no tardó en oír una voz. La reconoció: era Magda.

—Escuche, Magda. Soy Donald Maxwell. Hace unos minutos he estado en la casa hablando con la señorita Friend. ¿Se acuerda de mí?

—Sí, señor. ¿Qué desea?

—Me he olvidado de hacerle una pregunta. ¿Haría el favor de contestarme?

—Sí. ¿Qué quiere saber?

—A la señorita Friend el otro día le ocurrió un caso extraño. Cuando recobró el conocimiento, usted la atendía. ¿Cómo la encontró y qué hora era?

—Sería alrededor de las nueve de la tarde. Estaba sentada en la butaca, con la cabeza reclinada en el respaldo, sin conocimiento. Me asustó y la atendí, no tardando en recobrarse.

—¿No llamaron al médico?

—Lydia no quiso. Aunque se mostraba muy sorprendida, no dio excesiva importancia a aquel hecho.

—¿Y usted?

—Tampoco. Tuve la seguridad de que fue víctima de un desvanecimiento, aunque nunca le había ocurrido nada parecido.

—Muy bien, Magda. Tenga cuidado de su señorita.

—Lo tendré, señor Maxwell.

El joven colgó el auricular, quedando pensativo. En realidad, la contestación de la fiel criada no le aclaraba nada, al contrario, parecía sumirle en una perplejidad mayor.

Salió de la cabina, la cual se hallaba en una acera solitaria. De pronto se volvió sobresaltado, como avisado por un presentimiento.

Tras él vio a un hombre con el brazo levantado, empuñando una pistola por el cañón, con la evidente intención de golpearle. Saltó a un lado, haciéndolo a tiempo, pues el desconocido dio en el vacío, perdiendo el equilibrio.

De momento, Donald se olvidó de él, para hacer frente a un corpulento sujeto que se le echaba encima. Recibió un puñetazo en un hombro, habiendo apartado la cabeza con viveza.

Replicó contundente, alcanzando la barbilla de su agresor dos veces. Las piernas de éste se doblaron y cayó de rodillas. Donald se agachó, haciendo tropezar a su primer adversario, aquel que de forma tan alevosa intentó destrozarle la cabeza.

El forajido volteó aparatosamente, cayendo con violencia, al erguirse él con potencia. Una vez en el suelo le encañonó. Exasperado trataba de disparar. Donald no le perdía de vista y le propinó un fuerte puntapié, obligándole a soltar el arma.

Una patada en la mandíbula le obligó a lanzar un gemido, cayendo de espaldas. El joven lanzó su izquierda, alcanzando el estómago de su otro enemigo, pues éste, habiéndose levantado, volvía a arremeter contra él.

El hombre se inclinó hacia delante, con los brazos protegiéndose la parte dolorida. Donald no le dejó reponerse, golpeándole con el canto de la mano en la nuca, derribándole de bruces, sin conocimiento. Se dispuso a hacer frente al individuo de la pistola, pero éste ya corría despavorido, para librarse del poder demoledor de sus golpes.

Donald se encogió de hombros, no preocupándose de él. Se inclinó sobre su desvanecido adversario y lo examinó con atención. Vio un rostro brutal, de facciones innobles. No recordaba haberlo visto antes. Quien le mandó el anónimo estaba convencido de no haberle hecho caso y trataba de escarmentarle.

Sonrió con dureza. A él no le asustaban aquellos eficaces procedimientos. El temor no le haría desistir de la tarea emprendida, estando dispuesto a enfrentarse con peligros como éste.

Nadie se acercaba, cerciorándose de ello con un vistazo. Se tranquilizó. Agachándose, abofeteó con bastante dureza la cara de su adversario.

El hombre abrió los ojos y dejó escapar unas maldiciones, tratando de desasirse. No lo consiguió, pues las manos férreas de Donald le sujetaban con fuerza.

—¡Quieto o le destrozaré la cara! —amenazó con dureza.

El tipo obedeció, amedrentado. En los ojos grises del abogado vio que la amenaza no había sido hecha en vano. Era capaz de cumplirla. Quedó inmóvil.

—Levántese. Vamos a dar un paseo.

—No quiero ir con usted.

—No le queda otro remedio, amigo.

Y le dio un significativo golpe en un costado. El facineroso dejó escapar un gemido, pues ya tenía todo el cuerpo dolorido. Miró a Donald y se estremeció, viéndole dispuesto a cumplir su palabra. Sus puños estaban cerrados, y conocía su eficacia.

Con un esfuerzo logró ponerse en pie y dio un paso con dificultad.

—¿Adónde vamos?

—A mi coche; ya lo conoce usted, ¿verdad? —replicó Donald, mordaz.

—Sí.

—Pues adelante, no quiero perder más tiempo.

Le hizo sentar a su lado, tras haberle arrebatado una pistola, pues su forzado acompañante también iba armada. Éste no intentó oponerse, demostrando estar asustado.

—No intente ninguna tontería mientras conduzco, pues le costaría caro.

—¿Va a entregarme a la policía?

—Todavía no lo sé, todo depende de usted.

Y arrancó, dirigiéndose directamente a su casa. No cesaba de vigilar al hombre, pero éste permanecía inmóvil. Había rebasado los treinta años y su aspecto revelaba en él al delincuente de baja estofa.

No tardaron en encontrarse en su piso. Donald señaló una butaca.

—Puede sentarse.

Se quitó la chaqueta y le miró con atención.

—¿Cómo se llama?

—¿Hay necesidad de decir mi nombre? —replicó el facineroso, tras pasarse la lengua por los labios.

—Se lo he preguntado; por algo lo haré, ¿no cree?

—Jeff Sexton.

—Bien, Sexton. Cuanto ocurra aquí depende de usted. Estoy dispuesto a no dejarle un hueso entero, y hasta a entregarle a la policía.

—No hará eso, ¿verdad?

—Depende de usted, ya se lo he dicho antes.

Donald le miró con fijeza.

—¿Quién le ordenó atacarme?

—No lo sé.

—Empezamos mal, Sexton. Voy a golpearle.

Jeff Sexton se puso en pie. Su rostro estaba lívido y sus dientes castañetearon cuando vio acercarse a Donald con aire amenazador.

—No me pegue. Le estoy diciendo la verdad.

—No lo entiendo, explíquese mejor.

—Es muy fácil. Un hombre se entrevistó anoche con nosotros y nos entregó doscientos dólares por golpearle; después nos entregaría otros doscientos. La oferta era excelente y aceptamos.

—¿No conocían a ese hombre?

—No, no lo habíamos visto nunca. Además, llevaba unas gafas negras.

—Comprendo. ¿No trata de engañarme?

Y lo miró con fijeza.

Sexton se estremeció. Levantó la diestra.

—Le juro...

—No es necesario jurar. Usted no tendría escrúpulos en hacerlo en falso. Nunca me he fiado de individuos como usted.

—Le he dicho toda la verdad. No sé el motivo por el cual deseaba ese desconocido dejarle sin conocimiento, pues ése era su deseo. No quería su muerte.

—Sí, se trataba del segundo aviso. Más contundente que el primero.

—No le entiendo —dijo Sexton, volviéndose a sentar, ya tranquilizado sobre su integridad física.

Donald cogió dos vasos y vertió en ellos *whisky*.

—¿Solo? —preguntó.

—Sí, sí.

Y cogió con avidez el vaso que le alargaba Donald. El joven echó un poco de soda en el suyo y bebiendo tranquilamente, sin dejar de mirar a su interlocutor, poniéndole nervioso.

—¿Me ha dicho toda la verdad?

—Sí. ¿Por qué iba a engañarle?

—Los de su ralea tienen el orgullo de no hacer traición.

—Esto es distinto. Le estoy agradecido por no entregarme a la policía. Esto me podría representar dos años a la sombra.

—No se lo he prometido.

Sexton parpadeó nervioso. Ya creía salir bien librado de aquella peligrosa situación, y ahora el joven abogado dejaba entrever estar dispuesto a entregarle a la policía. Miró a su alrededor, como si buscara una salida, pero sólo existía la puerta. Y ante ella se encontraba la peligrosa y amenazadora figura de Donald Maswell.

Estaba maltrecho por los golpes recibidos, teniendo la convicción de no poder atacar por sorpresa a su enemigo. Una nueva lucha sería decidida con rapidez por el joven, entrando la posibilidad de que disparase contra él, matándolo.

De hacerlo, nadie podría acusarle, pues se encontraba en su casa, pudiendo alegar haber entrado para robarle.

—Pero usted no lo hará, le he dicho toda la verdad. Puedo..., bueno, no le he mentado.

Donald se sentó frente a Sexton. Ahora estaba convencido de no ser engañado, pues su cautivo habló con naturalidad. No le sería posible averiguar nada por aquel camino, y entregándolo a la policía no obtendría beneficio alguno.

—Voy a creerle, Sexton. Le dejaré marchar, pero le aconsejo no vuelva a atacarme. En otra ocasión no le trataré con tanta benevolencia; irá a la cárcel.

—Lo tendré presente. Aunque me ofrezcan dos mil dólares no atentaré contra usted.

—¿Y por dos mil quinientos? —preguntó Donald con ironía.

Sexton se pasó la lengua por los labios, tras haber bebido un trago de *whisky*. Sus ojos se clavaron en el rostro sonriente del abogado; después, hizo una mueca.

—He dicho dos mil dólares por ser una cantidad, inalcanzable para mí. Maxwell, no haga de diablo tentador, puede tener la seguridad de no sufrir daño alguno de mí. Aunque no lo crea, soy agradecido, nunca olvidaré su conducta. En lugar de insultarme y golpearme, me ha invitado a un *whisky* excelente.

—Bien, Sexton, puede marcharse cuando quiera.

El facineroso, de un trago vació el vaso y lo dejó sobre la mesita. Se levantó y echó una humareda espesa. Dio unos pasos hacia la puerta y se detuvo. Se volvió hacia el joven y dijo:

—Maxwell, tenga cuidado. Cuando un hombre paga cuatrocientos dólares por propinar un paliza a otro, es porque le interesa. No desistirá de su propósito y tratará de ponerle fuera de combate.

—Gracias por su consejo, amigo.

Y le acompañó hasta la puerta. Vio cómo Sexton se apresuraba a descender por la escalera.

Entró en su piso y cogió el auricular del teléfono. Marcó un número y esperó. Le respondió casi en él acto una voz ruda.

—Aquí la Comisaría. ¿Qué desea?

—Hablar con el inspector Joyce.

—Un momento, por favor.

No tardó en oír la voz inconfundible del Inspector Joyce.

—¿Con quién hablo?

—Soy Donald Maxwell.

—¿Le ha ocurrido algo?

El joven notó cierta ansiedad en el tono del policía y no pudo menos de sonreír.

—No, no. Tan sólo he recibido dos avisos para no encargarme del caso Friend.

—¿Qué clase de avisos?

—El primero, escrito en letra irregular, deformada adrede.

—¿Y el segundo? —preguntó Joyce ante su intencionada pausa.

—Por medio de dos individuos nada recomendables. Trataron de golpearme al salir de una cabina telefónica.

—Conque esas tenemos, ¿eh? Tenía usted razón en no creer en la culpabilidad del fiscal Friend.

—Puede ocurrirme algo, por eso le comunico lo sucedido. Usted tiene el deber de hallar al verdadero asesino de Charles Burgess.

—No debe hacer ninguna sugerencia sobre mis obligaciones, Maxwell —respondió el inspector con acritud—. Sé sobradamente cuáles son.

—No pongo en duda su capacidad física y moral, inspector Joyce. Tan sólo me limito a ponerle en antecedentes del atentado de que acabo de ser objeto. Esto demuestra que alguien tiene un gran interés en llenar de lodo el nombre de Edmund Friend.

—El mayor culpable es él. No debe obstinarse en admitir ser el asesino de Burgess, si es inocente. Se trata de algo absurdo, inadmisible.

—Tendrá algún motivo. ¿No cree?

—¿Existe algo peor que el deshonor y perder la vida? —inquirió con desconfianza Joyce.

—Sí, puede tener la seguridad de ello.

—¡Hum!

—Es usted muy materialista, Joyce.

—La vida me ha enseñado, muchacho. Cuando tenga mi experiencia, opinaré igual.

—Hay que dar cierto margen a los buenos sentimientos.

—Déjese de sermones, Donald. No tengo mucho tiempo para perder, explíqueme lo ocurrido.

—Todo fue muy sencillo. Al salir de la cabina, por verdadero milagro me di cuenta de que un individuo trataba de abalanzarse sobre mí, con la intención de golpearme en la cabeza con la culata de una pistola. Logré derribarle de un puñetazo y luché contra su compañero, logrando capturarlo. Mi primer atacante huyó.

—Buena proeza, Donald. ¿Dónde tiene a ese sujeto?

—Le he dejado marcharse.

—¿Quééee...?

Donald no pudo contener una carcajada, ante el tono incrédulo e irritado del inspector Joyce. Le parecía estar viéndole con las mejillas enrojecidas por la indignación.

—Ha oído usted bien. Le invité a un *whisky* y le dejé marchar.

—¿Se ha vuelto loco?

—No, nada de eso. Ese individuo no sabía nada. Anoche se les presentó un hombre con gafas negras y ofreció a él y a su compañero cuatrocientos dólares para ponerme fuera de combate. Eso es todo.

—Pero debía haberme entregado a ese hombre, pertenece a la justicia.

—¡Bah, se trata de un ser insignificante!

—Ha cometido un delito y debe pagarlo.

—En eso tiene razón, pero prometí no entregarlo si me decía la verdad.

—¿Cómo puede tener la seguridad de no haber sido engañado?

—Conozco a un hombre cuando miente, inspector. Me dijo la verdad, ignora quién le pagó para dejarme sin conocimiento. Además, existe otra poderosa razón por la cual me decidí a dejarle marchar.

—¿Cuál?

—En libertad nos será de mayor utilidad. Hágale seguir por uno de sus hombres y quizá pueda descubrir la identidad de quien tiene tanto interés en dejarme fuera de combate.

—¡Es cierto, muchacho! —exclamó Joyce, excitado—. Podemos conseguir una pista.

—Ésa es mi opinión.

—¿Cómo se llama ese bandido?

—Jeff Sexton.

—¡Jeff Sexton! ¡Le conozco perfectamente! Es un granuja.

—No debes hacerle nada, mientras no vuelva a actuar contra el fiscal Friend. Se lo he prometido.

—Pero yo no.

—Inspector Joyce, nunca he faltado a mi palabra. Si usted me obliga a ello, dejaré de colaborar. No le comunicaré nada de cuanto descubra.

—Con esos canallas no se debe andar con contemplaciones. No obstante, en esta ocasión le complaceré.

—Lo sabía inspector.

—¡Váyase al infierno! —Gruñó el policía—. No me gusta su forma de actuar.

Y colgó exasperado.

Donald sonrió complacido. Sabía que la furia del inspector Joyce era ficticia.

CAPÍTULO V

El joven se detuvo ante la cárcel, pidiendo autorización para hablar con el director. Éste le recibió inmediatamente, estrechándole la mano con cordialidad.

—Me alegro de volverle a ver, Maxwell. ¿En qué puedo servirle?

—Quisiera hablar con el señor Friend.

—Intentaré convencerle.

No tardó en regresar, diciendo que el fiscal accedía a hablarle. Donald no pudo reprimir un suspiro de alivio, pues temió recibir una contestación negativa.

El director lo advirtió y comentó:

—Temía ver rechazada su petición, ¿verdad?

—Sí, el señor Friend es muy obstinado.

—Voy a decirle una cosa, quizá me equivoque. Cuando le entregué su tarjeta al señor Friend, por primera vez advertí cierta animación en su rostro.

—¿Quiere usted decir...? —preguntó el joven con ansiedad.

—Eso me ha parecido. Tengo la impresión de que confía en usted.

—Sería un gran paso para descubrir la verdad.

—Me alegraría. Conozco al señor Friend desde hace muchos años y siempre le he admirado. Resulta doloroso tenerle encerrado bajo la acusación de haber cometido un asesinato.

Donald sintióse emocionado cuando vio aparecer la alta y grave figura del fiscal. Éste se limitó a inclinar la cabeza ligeramente cuando se sentó, única demostración de haberle reconocido. El joven no se inmutó; lo esperaba.

—Le ruego me perdone si vuelvo a molestarle.

—No me molesta, Maxwell. Le estoy agradecido por su interés

por mí, pero le ruego que no vuelva a visitarme. No le acepto como abogado defensor.

—Todo ser humano tiene derecho a ser defendido, usted no lo ignora.

—Es cierto.

—Comete usted un sacrilegio, y más al hacerlo conscientemente.

Estas palabras conmovieron visiblemente al fiscal, pues Donald le observaba con fijeza y advirtió cómo se estremecía.

—¡Basta, no le permito torturarme!

Y se levantó, como disponiéndose a marcharse.

—He venido a hablarle y debe escucharme, señor Friend —dijo Donald con frialdad.

Su firme actitud se impuso. Se detuvo y miró a su interlocutor a través de los alambres.

—Puede hablar, pero mi determinación es firme; nadie me defenderá.

—Lo haré, aunque sea en contra de su voluntad. Puede tener la seguridad de ello.

—Es usted un entrometido.

Friend se excitó. Ahora el joven le veía sin aquella expresión fría y desalentada, alegrándose de ello.

—Conozco las leyes, tanto como usted, señor Friend.

—Sí, lo sé. Es usted abogado.

—Y debe saber dos cosas. Tengo la completa seguridad de su inocencia y he sido advertido para no defenderle. La segunda vez de forma muy elocuente: trataron de golpearme.

—No debe exponer su vida.

—¿Cuántas veces la ha expuesto usted por defender una causa justa?

Friend bajó la cabeza, sin fuerza para sostener la mirada inquisitiva del joven.

—Un poderoso motivo le impulsa a resignarse a aceptar sea cierta su culpabilidad, y lo descubriré. Comete un grave error, señor Friend: la verdad no debe ocultarse.

—Yo disparé contra Charles Burgess.

Donald esbozó una sonrisa; estaba esperando estas palabras.

—¿Está dispuesto a jurarlo?

—Sí.

—Si usted lo jura, le creeré. Es más, tengo la seguridad de haber disparado contra Burgess.

Continuaba observando a su interlocutor, notando cierto alivio en su rostro. Friend permaneció silencioso.

—¿El proyectil disparado por usted alcanzó el cuerpo de Burgess?

—Probablemente. A Burgess lo encontraron muerto.

—Es cierto. Charles Burgess estaba tendido sin vida en el centro de su habitación; usted sostenía una pistola recién disparada, siendo la utilizada para matar a ese desdichado. Pero el disparo hecho por usted no le alcanzó, la bala se incrustó en la pared. Burgess ya estaba muerto cuando usted apretó el gatillo. ¿No es cierto?

No obtuvo contestación. No se inmutó por ello y prosiguió con calma:

—Usted disparó para poder jurar sin faltar a la verdad. Ahora puede afirmar haber disparado contra la víctima. En la habitación se hicieron dos disparos y Burgess sólo fue alcanzado una vez. El balazo fue certero, matándolo en el acto. ¿Cómo puede creerse que ten buen tirador fallase una vez en forma tan lamentable?

Los dedos de Edmund Friend estaban entrelazados nerviosamente. Ahora sus ojos se hallaban fijos en el rostro del joven, como si estuviese hipnotizado.

—No hablaré, mi declaración está hecha.

—Hace mal; debe decirme la verdad. Le prometo no comunicarlo a nadie. Tan sólo me limitaré a buscar al verdadero asesino.

Un absoluto silencio siguió a sus palabras. El rostro de Edmund Friend había recobrado su habitual expresión.

Donald no se desconcertó; lo esperaba.

—He hablado con su hija, señor Friend.

De nuevo en los ojos del fiscal brilló el temor. Sus manos se aferraron a la silla.

—No debió hacerlo, Maxwell. Deje a Lydia tranquila.

—Me contó algo muy extraño que le ocurrió el día de la muerte de Charles Burgess —siguió Donald, como si no le hubiese oído.

Y se inclinó hacia delante, sus ojos fijos en los de Friend. Éste rehuyó la escrutadora mirada.

—¿Ese extraño incidente tiene algo que ver con el asesinato?

De nuevo el fiscal volvía a adoptar su fría expresión, repuesto de la impresión recibida.

—No se preocupe, lo descubriré.

Se levantó, decidido a marcharse, con la seguridad de no obtener declaración alguna. Miró a Friend, quien también habíase levantado.

—Le ruego no siga haciendo investigaciones, Maxwell.

—Es inútil, seguiré hasta el fin. ¿Volverá a recibirme, señor Friend?

Éste dudó unos instantes. Después respondió:

—Sí. Le estoy agradecido por su fe en mí.

—¡Hasta la vista, señor!

Inmóvil vio alejarse la alta y delgada figura. Le invadió una gran ternura, para maldecir después la testarudez de aquel hombre. Si hablase le sería de extraordinaria ayuda, desvaneciéndose gran parte de las tinieblas que le rodeaban.

El director le esperaba en su despacho.

—¿Cómo ha reaccionado el señor Friend?

—No quiere aceptar mi defensa.

—Es terriblemente obstinado. ¿Qué secreto tratará de ocultar?

—Ésa es mi obsesión, señor. No descansaré hasta descubrirlo.

—Puede contar con mi ayuda, Maxwell. Ha emprendido usted una honrosa tarea y le admiro.

—Muy agradecido.

Donald se dejó caer en el asiento y empuñó el volante. Arrancó con lentitud, mirando por el espejo retrovisor, tratando de averiguar si había sido seguido. No vio ningún coche sospechoso tras él.

Sus facciones estaban endurecidas, los dedos agarrotados en el volante, mientras sus pensamientos revoloteaban en el recuerdo de la entrevista con Edmund Friend.

Trataba de analizar las palabras pronunciadas por el fiscal, recordando sus reacciones. Sus sospechas se confirmaban. Friend disparó contra Burgess aunque sin alcanzarlo, incrustándose el proyectil en la pared. De esta forma podría jurar haber hecho fuego contra la víctima.

Friend cometió un error al disparar contra la pared, pues debió hacerlo por la ventana, no dejando huellas de su coartada. Aunque

el examen de la pistola habría demostrado haber sido disparada dos veces. Y el arma no pertenecía al fiscal.

A pesar de estar curtido en lances criminales, Edmund Friend jamás se encontró en el lugar de un asesino. Aparte de hallarse en un lamentable estado de ánimo.

¿Hacia dónde encaminaría sus gestiones?

Esta pregunta le hizo apartar los demás pensamientos, martilleándole una vez tras otra el cerebro. No lograba hallar una respuesta adecuada, pues se encontraba desorientado.

No tenía el menor indicio. El asesino estaba envuelto en el más completo misterio. No obstante, en forma alguna podía permanecer inactivo. El tiempo era precioso para él, debiendo evitar que pasase con rapidez, haciendo desaparecer todas las huellas del asesino.

Con los dientes apretados, Donald se dirigió hacia el hotel donde fue asesinado Charles Burgess. Saltó del coche adoptando precauciones, no deseando ser sorprendido por sus enemigos. No vio a nadie cerca y anduvo hasta llegar al portero uniformado.

El conserje le miró con atención profesional cuando se detuvo ante él.

—¿Desea habitación, señor?

—No; tan sólo hablar con usted.

—¿Conmigo? —El conserje se irguió—. No acostumbro a hablar con los periodistas.

—No soy periodista.

—¿De qué quiere hablarme?

—Del asesinato cometido en este hotel.

—Lo tengo prohibido. A la policía tampoco le gustaría que lo hiciera.

—Está usted equivocado. Puede hablar con el inspector Joyce si lo desea. ¿No se acuerda de mí? Ayer estuve aquí con el inspector.

Los ojos sagaces, del conserje examinaron con atención al joven, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Es cierto, ahora me acuerdo.

—Me llamo Donald Maxwell y soy abogado. Intento...

—¡Donald Maxwell! —le interrumpió el hombre con viveza—. He oído hablar mucho de usted. Estoy dispuesto a responder a todas sus preguntas. ¿Cree en la inocencia del señor Friend? ¿Sospecha quién es el asesino?

—Soy yo quien va a preguntarle.

—Es verdad, perdóneme. A veces soy muy impulsivo, aunque eso sólo me sucede con escasa frecuencia.

—¿Se acuerda de todo cuanto ocurrió el día del crimen?

—Sí, debido a la desgracia y al revuelo que se armó.

—¿Usted oyó los disparos?

—No, sería imposible. Fueron hechos alrededor de las ocho de la noche, habiendo mucho ajeteo en el hotel. Los ascensores no cesan de subir y bajar. Los huéspedes entran y salen de sus habitaciones.

—¿Quién dio la alarma?

—Yo, señor Maxwell —afirmó el conserje, irguiendo la cabeza con orgullo.

—¿Usted? ¿Cómo puede ser posible si no oyó los disparos?

—Me avisaron por teléfono, incluso me indicaron el número de la habitación ocupada por el señor Burgess. Llamé al detective del hotel y subimos a la habitación, encontrando al señor Friend sosteniendo la pistola homicida.

—¿Intentó huir u opuso resistencia el señor Friend al verles?

—En absoluto. Cuando el detective le ordenó entregar el arma, obedeció sin titubear.

—¿Hizo acto de presencia el hombre que le avisó de los disparos efectuados?

—No, no se presentó —negó el conserje, mirando sorprendido al joven—. Hasta ahora no había pensado en ello.

—¿Reconoció la voz?

—No, no. Debió ser uno de los huéspedes de aquel piso. Probablemente no habrá querido ser molestado por la policía, pues los interrogatorios hacen perder mucho tiempo.

—Así es. ¿No vio a nadie que le llamase la atención?

El conserje se apresuró a disculparse, atendiendo a un cliente. Donald movió la cabeza sonriendo, examinando con curiosidad el amplio y lujoso vestíbulo. El conserje estaba de nuevo ante él, dispuesto a hablar con su repentina locuacidad.

—No vi a nadie que me llamase la atención, aunque debe comprender que a esa hora el vestíbulo se halla muy concurrido. Huéspedes y amigos de éstos entran y salen.

—Comprendo. ¿No vio a un hombre vestido de forma vulgar, con unas gafas negras?

El conserje meditó unos segundos y asintió:

—Sí, ahora me acuerdo. Un hombre de esas características entró en el ascensor poco antes de cometerse el crimen. Ya no volví a verle.

—¿Está usted seguro?

—Sí, por completo.

—¿Lo reconocería si volviese a verle?

—No me sería posible. Como usted ha dicho, vestía de forma vulgar, un traje gris, y las gafas impedían verle el rostro, y más al no hablar con él. Lamento no poderle ser de más utilidad.

—Al contrario, sus respuestas han sido muy exactas. Le estoy muy agradecido.

—Puede venir cuando quiera, señor Maxwell. Estoy muy orgulloso de haber hablado con usted.

Aquel hombre deseaba estrecharle la mano, y Donald se la tendió. Ya empezaba a darse cuenta de su creciente popularidad, pues su nombre aparecía de vez en cuando en los periódicos. Los dos casos solucionados con tanta brillantez por él, fueron decisivos para darle a conocer a los lectores de los juicios celebrados en la ciudad. Y el conserje debía ser uno de los más apasionados.

No tenía pista alguna que seguir. Donald se torturó el cerebro en vano, tratando de encontrar una urgente ocupación para lograr algo positivo en aquel enojoso asunto.

Todo dependía de él, pues de no descubrir al asesino, cuando se celebrase el juicio, Edmund Friend sería declarado culpable. Nadie podría librarle de ser ajusticiado, no existiendo ninguna disculpa para él por haber matado a un hombre.

La idea brotó de súbito. Sí, era un estúpido por no haber pensado antes en ello. Debía dedicar aquella tarde para averiguar quién era en realidad Charles Burgess y el motivo por el cual alguien deseó matarle.

Se alojaba en un hotel, lo cual ya inducía a creer que acababa de llegar a la ciudad. No obstante, el inspector Joyce lo calificó como un forajido, acordándose bien de haber sido ésta la palabra empleada por el policía.

Se reprochó no haber pedido más información de Charles Burgess. Se trataba de un error imperdonable, pues se trataba de una pista que podía conducirle hasta el asesino. Aunque su instinto

le señalaba que Burgess era un detalle de escasa importancia en aquel endiablado asunto, pese a ser la víctima.

CAPÍTULO VI

Donald de nuevo marcaba un número. En cuanto le contestaron llamó al inspector Joyce, no tardando éste en responderle.

—Tiene suerte hoy, Maxwell. Me encuentra en mi despacho, apenas he salido.

—No me gusta molestarle, inspector.

—Déjese de monsergas y pregunte lo que quiera.

—Quisiera me dijese cuanto sabe de Charles Burgess.

—Se trata de un individuo de pésimos antecedentes. Tan sólo ha estado detenido una vez y hace muchos años. Aunque tenemos la seguridad de haber intervenido en tráfico de drogas. Hace unos dos años que vivía en Chicago. Su llegada a Nueva York es muy reciente.

—Muy agradecido, inspector Joyce.

—¿Ha descubierto algo?

El interés del inspector Joyce debía ser muy grande para hacerle aquella pregunta y no pudo menos de sonreír.

—Absolutamente nada, simples sospechas.

—Ya hay uno de mis hombres tras Jeff Sexton.

—Hasta la vista, inspector.

—Suerte, muchacho.

Le sorprendió no haber oído alguno de los juramentos característicos en el inspector, induciéndole a creer su ansiedad por demostrar la inocencia del fiscal Friend. Ambos apreciaban a aquel hombre ejemplar, deseando demostrar su inocencia.

Su objetivo próximo ya estaba señalado: seguir cuantas huellas le condujesen a Charles Burgess. No podía hacer otra cosa.

¿La posición de Burgess cuál era?

Se dio una palmada en la frente y llamó de nuevo al inspector

Joyce. Esta vez sí oyó un rotundo juramento de sus labios. Se disculpó apresuradamente y preguntó:

—¿Cuál era la posición actual de Burgess? ¿Tenía mucho dinero?

—¿Dinero? Apenas llevaba encima cincuenta dólares, siendo, al parecer, cuanto poseía.

—Gracias.

Y colgó.

—Ese abogado hace muchas preguntas, podría hacerlas todas de una vea. Cualquiera diría que debo estar a su disposición —su rostro cambió bruscamente, incluso llegó a sonreír—. Sin embargo, vale mucho, quizá consiga descubrir la verdad. Yo no puedo aclararme.

Donald quedó pensativo. Al parecer Charles Burgess se encontraba al borde de la ruina cuando decidió regresar a Nueva York. Al alojarse en un hotel de segunda categoría, daba la seguridad de no tardar en conseguir dinero con rapidez. En esto no podía equivocarse, pues la habitación costaba demasiado para los cincuenta dólares hallados en la cartera de Burgess.

Creía conocer el motivo que indujo a Burgess a regresar a Nueva York. Ahora faltaba hallar la persona indicada, no creyendo ni por asomo fuese Edmund Friend.

Sin darse cuenta se dirigió al domicilio del fiscal. Cuando lo advirtió, se preguntó:

—¿Por qué voy en esa dirección?

La contestación fue evocar la figura de Lydia Friend. Frunció el ceño y adoptó una expresión de perplejidad. La joven era linda, pero distaba mucho de ser su tipo.

Entre Lydia y Natalia existía mucha diferencia, siendo esta última quien le atraía.

No obstante, para casarse siempre elegiría el tipo grácil y juvenil de Lydia. Este pensamiento se le ocurrió de repente.

Movió la cabeza contrariado. No debía pensar en esto, su forma de vivir era admirable para destruirla. Ya empezaba a tener fama y ser admirado. Trabajaba conforme le dictaba su inflexible conciencia sin amoldarse a los deseos de nadie. En el Banco tenía una respetable suma, un lujoso departamento y un coche a su gusto.

Además, casi siempre tenía una hermosa mujer a su disposición,

no pudiendo exigir nada más de la vida.

Era feliz. Trabajaba con afán y se divertía como un cosaco tras una feroz batalla. Si se casaba, todo aquello terminaría de un modo fulminante. Seguiría trabajando con ardor, esto nadie podría evitarlo, pues se trataba de algo innato en él. Pero sus salidas de noche acabarían, debiendo permanecer en casa, acompañando a su esposa.

No, esta idea no le seducía lo más mínimo. Ni el atractivo recuerdo de Lydia resultaba suficiente para hacerle vacilar. No podía negar hallarse impresionado por la linda muchacha, y más al notar una ligera molestia en su pierna; todavía le dolía el puntapié.

Sin embargo, continuó hacia la casa del fiscal Friend. ¿Cuál era el motivo que le impulsaba a ir? Simplemente profesional, se contestó aunque sin demasiada sinceridad. Hablaría con la muchacha, procurando averiguar algo referente a su padre.

Cuantos datos averiguase le servirían para resolver aquel impenetrable recuerdo. Sí, sólo a esto obedecía su deseo de volver a ver a Lydia. Una débil voz en el interior de su ser se lo reprochó; se estaba mintiendo a sí mismo.

Ya se encontraba cerca de la casa cuando vio salir de ésta a Lydia. Andaba por la acera con paso firme y elástico, haciendo aún más sugestiva su silueta juvenil.

Sin darse cuenta, Donald la observó admirado, siguiendo todos sus movimientos hasta llegar a su altura.

—Buenas tardes, señorita Friend.

Lydia se detuvo sobresaltada, volviendo la cabeza con rapidez, para cerciorarse de la identidad de quien la llamaba. Una débil sonrisa entreabrió sus adorables labios al reconocerle, y esto produjo un extraño efecto dentro del pecho del joven.

El estado de ánimo de la muchacha no era el más propicio para sonreír. Si al verle lo hizo, se debía a guardar una agradable impresión de él.

Y así era, en efecto. Él se ofreció desinteresadamente para salvar a su padre de la horrible situación en que se encontraba. Lydia hubiera sido un ser despreciativo, si no se hubiese alegrado al verle, su agradecimiento hacia él debía ser inmenso. Su vanidad masculina sufrió un duro golpe tras esta acertada reflexión.

—¡Ah, es usted, señor Maxwell!

—¿Adónde va usted? Puedo llevarle en el coche.

—Voy aquí cerca, a visitar a una señora enferma.

—No importa, llegará antes.

La joven titubeó y al fin se decidió a subir. Donald observó la forma como Lydia entró en el coche, sin dejar al descubierto sus largas y esbeltas piernas. Ella pareció sorprender su mirada y esto le enfureció.

Jamás le importó la opinión que una mujer pudiese tener sobre él, pero ahora no le ocurría lo mismo, sintiéndose avergonzado. Tuvo la impresión de haber cometido una acción desleal.

—¿Ha descubierto usted algo, señor Maxwell?

—Por favor, no me llame señor Maxwell. Mi nombre es Donald.

—No tengo amistad con usted para emplear tanta familiaridad —respondió la muchacha con acritud.

—Pero me verá obligado a hablarle con cierta frecuencia, siendo la conversación más natural. ¿No es así?

—Es posible. Le llamaré Donald.

A pesar de estas palabras, el tono de Lydia no fue afectuoso, como si tuviese cierta prevención contra él.

Donald se mordió los labios despechado.

—He vuelto a hablar con su padre.

—¿Qué le ha dicho? ¿Cómo se encuentra?

E impulsivamente puso una mano sobre el brazo de él. Donald se estremeció al sentir el contacto, pero se esforzó en permanecer impasible.

—Estaba igual, quizá algo más alterado. Le he hablado con dureza.

—¿Se ha defendido?

—No, cuando se domina permanece silencioso o dice ser culpable.

—Papá no puede haber matado a ese hombre, es incapaz de hacerlo.

—Tengo la seguridad de ello. Con su silencio protege a alguien.

—¿Proteger a alguien? ¿A quién puede ser?

—A usted.

—¿A mí? —musitó Lydia sobresaltada.

—Sí, usted se encuentra en un peligro inminente. Y su padre con su silencio trata de salvarla.

—Pero ¿de qué? Yo jamás he cometido una mala acción.

—¿Es usted sincera? —preguntó Donald deteniendo el coche y mirándola con fijeza.

—Sí. ¿Por qué iba a mentirle?

—Por temor.

—Donald, no le permito me hable en ese tono. Nunca en mi vida he cometido un hecho deshonesto. Si fuese así, me resignaría a sufrir las consecuencias, no podría permitir el sacrificio de mi padre. ¿Me ha entendido?

—Sí. —Donald dejó escapar un pequeño suspiro.

Y permaneció inmóvil, los dedos aferrados en el volante y la mirada al frente. Lydia le observaba con interés.

—¿En qué piensa?

—Tengo la seguridad de que es usted sincera. No obstante, su padre la está protegiendo. He meditado mucho y he llegado a esa conclusión.

—No tengo nada que ocultar, Donald. ¡Se lo juro!

—Lo sé, Lydia, lo sé. Pero es así, no puede haber ninguna duda. Cuando le dije a su padre que había hablado con usted, se irritó. No debiera haberlo hecho, pues es natural que en las actuales circunstancias yo le hable.

—Quizá lo hizo por conocer su fama.

—¿Mi fama? —exclamó Donald sorprendido.

—Sí, me he informado acerca de usted, pues temí fuese un desaprensivo. Todas las contestaciones han coincidido sobre su honradez y valía profesional; pero en cuanto a su vida privada, son muy opuestas. Tiene fama de ser muy muy...

Lydia había enrojecido, pareciendo no encontrar la palabra adecuada. Donald la pronunció:

—¿Mujeriego?

—Exacto.

—¡Bah, simples rumores y exageraciones! Basta con que a uno le vean con dos mujeres distintas para calificarle de tenorio. Son difamaciones.

—Me temo que no. La persona que me informó le conoce muy bien.

—Aunque así fuese —replicó el abogado enojado—. Eso no justifica la reacción de su padre, no puede sospechar de mí. Usted

es una chiquilla y...

—Tengo veinte años, Donald —protestó Lydia indignada.

El hizo un gesto despreciativo.

—Estamos conformes en que sea usted ya una mujer, pero no es mi tipo, su padre es inteligente y se ha dado cuenta de ello. Además, conoce mi forma de proceder y no me creará capaz de aprovecharme de las circunstancias. Sería innoble.

—He oído decir que en la guerra y en el amor todos los medios son lícitos.

—Es usted la hija de Edmund Friend, esto ya sería suficiente para mí. Yo puedo tener muchos defectos, pero mi lealtad y honradez están fuera de toda duda.

Habló con tanta energía que Lydia quedó cohibida.

—Perdone, Donald. No he querido ofenderle.

—No la censuro, ha hecho bien en tomar informes de mí. Tiene razón, podía haber sido un desaprensivo, tratando tan sólo de conseguir celebridad al tratar de defender a su padre.

De nuevo se hizo el silencio entre ellos, cada uno estaba sumido en sus pensamientos. Ninguno de éstos debían ser muy lisonjeros, a juzgar por la expresión de sus rostros.

—Entonces, ¿por qué se enojó mi padre?

—Teme pueda descubrir la verdad.

—La verdad se refiere a mí.

—Sí. ¿Cuántas horas transcurrieron desde que perdió el conocimiento en el parque hasta recobrarlo en su casa?

—Más de tres.

—Lo ocurrido en ese espacio de tiempo es de vital importancia en este endiablado asunto. ¿Usted tuvo la sensación de ser sujeta por unos brazos y perdió la noción de cuanto le rodeaba?

—Sí.

—Y durante ese tiempo Charles Burgess fue asesinado. Todo parece coincidir, pero no me es posible darle la forma necesaria, todo es confuso.

Las lágrimas se agolparon a los bellos ojos de la muchacha.

—¡Es horrible! Yo soy la culpable de la horrible situación de mi padre. No me lo podré perdonar.

—No se torture. Es usted una víctima de esta vil maquinación.

Lydia no pudo contener los sollozos y apoyó la cabeza sobre el

pecho varonil. Donald le acarició los sedosos cabellos, mientras fruncía el ceño, preocupado.

Extrajo un pañuelo del bolsillo y se lo entregó. Habíase serenado y su voz sonó con naturalidad.

—No llore más, Lydia. Las lágrimas no arreglarán nada.

—Lo sé, pero no he podido remediarlo.

La muchacha se enjugó las lágrimas, aunque continuó hipando. Él le golpeó la espalda con afecto.

—Debe ser valiente, chiquilla.

Aunque Donald no lo sospechó, esta última palabra la serenó, incluso la hizo erguir la cabeza. Estaba furiosa por aquel calificativo, ella ya había cumplido los veinte años, considerándose toda una mujer. Se contuvo, no dando rienda suelta a su imaginación, pues comprendió que la intención de Donald Maxwell al pronunciar aquella palabra no fue molestarla.

—Se le ha puesto la naricilla colorada, ahora se ha puesto muy fea —bromeó el abogado.

—Me es indiferente, señor Maxwell.

El comprendió haberla enojado, apresurándose a decir:

—Todo ha sido una broma. Mi intención ha sido calmarla.

Lydia ya no lloraba y terminó de limpiarse. Sin darse cuenta se sonó en el pañuelo. Una vez lo hubo hecho se llevó la mano a la boca.

—Le he ensuciado el pañuelo, Donald. Cuánto lo siento.

—No se preocupe, no tiene importancia.

Para ella sí la tenía, ahora él continuaría teniendo la opinión de tener delante a una chiquilla. Sentíase exasperada.

—Debo marcharme, Donald.

—Sí, es cierto.

Iba a poner el coche en marcha cuando un agente asomó la cabeza por la portezuela.

—No puede continuar aparcado aquí, señor.

—Ahora me marchaba. Gracias, agente.

Y sorprendió una picara expresión en los ojos del policía. No se pudo contener y refunfuñó:

—Estúpido, nos ha tomado por una pareja de enamorados.

Lo dijo en voz baja, como si hablase consigo mismo, pero fue oído perfectamente por la joven. Lydia hizo un desdeñoso mohín.

La sola idea de sentirse atraído hacia ella o que alguien lo sospechase, parecía contrariar a Donald Maxwell, pues seguía considerándola una chiquilla.

Estaba muy irritada. No sólo por sentir lastimado su amor propio, sino por sentirse atraída hacia la arrogante y varonil figura del joven abogado.

—¿En dónde debo detenerme? —preguntó Donald.

—En la segunda travesía, por favor.

Y le miró de soslayo, aprovechando verle con la atención puesta en conducir. Admiró sus enérgicas facciones. Le estaba muy agradecida por su inquebrantable fe en su padre. Jamás le podría pagar cuanto estaba haciendo por demostrar su inocencia, pese a la oposición encontrada.

Si su padre se decidiese a confiarle la verdad, su labor se vería muy facilitada. Conocía bien a su padre, sabiendo cuánta era su inflexibilidad. Una causa muy poderosa le haría ocultar la verdad, poniendo su honor y su vida en peligro.

Donald Maxwell tenía razón. Sólo ella podía ser la causa de su silencio de muerte. La quería con locura, no permitiendo le ocurriese una desgracia, y más siendo inocente. Ella sabía con certeza que no había cometido una mala acción. De ser así, su padre no hubiera movido un solo dedo por ayudarla; su sentido del deber se lo impediría.

¿Qué ocurrió durante el tiempo en que permaneció privada de conocimiento?

Como dijo Donald, allí se encerraba la llave de aquel misterio. El enérgico perfil del joven le inspiraba una gran confianza. No obstante, toda su inteligencia, decisión y habilidad, se estrellarían ante el secreto guardado por su padre.

—Ya hemos llegado, Lydia —dijo Donald deteniendo el coche con suavidad—. ¿La espero?

—No, no es necesario. Le estoy muy agradecida.

Y descendió. Titubeó y tendió su mano al joven.

—Perdóneme. No debí tomar informes de usted.

—Hizo perfectamente, Lydia. Ahora ya me conoce bien, soy un sujeto poco recomendable.

—Sí, lo es.

—Debe tener cuidado y no salir mucho de su casa. Puede

ocurrirle otro accidente desagradable.

—¿Usted cree?

—Es posible. El asesino puede estar al acecho, mis indagaciones no le han gustado. Si tuviera la suerte de conseguir una prueba contra él, volvería a ser peligroso.

—Usted también debe tener cuidado.

—Ya estoy acostumbrado al peligro. ¡Hasta la vista!

Y siguió con la mirada la grácil silueta de la muchacha. Quizá Lydia Friend no fuese su tipo, pero sentíase extraordinariamente atraído hacia ella. Recordaba unos segundos antes, cuando la tuvo entre sus brazos llorando.

CAPÍTULO VII

El pelirrojo camarero le miró sonriendo.

—Me alegro de verle, Donald. ¿Dónde ha comido hoy?

—No me acuerdo, Joe.

—El Boston se ha puesto a la cabeza de la clasificación. Este año están en forma, es capaz de llevarse el título.

—No tema, no lo conseguirán. Nosotros estamos muy fuertes.

Joe no trató de insistir, pues notó algo extraño en la expresión del joven abogado. Le respondió maquinalmente, como si su pensamiento estuviese muy lejos de aquel lugar. Siempre se mostró jovial y afable; si ahora estaba preocupado, debía respetar su silencio. Así optó por servirle en silencio.

Cuando el joven se marchó, movió la cabeza.

—Donald Maxwell está muy preocupado. Juraría que la causa es el caso Friend.

Donald ya tenía su plan organizado. Habíase enterado de los lugares frecuentados por Charles Burgess antes de marcharse a Chicago. Éstos no eran conocidos de él, aunque los había oído nombrar.

Cuando entró en un club de escasa categoría, no pudo menos de fruncir el ceño. A aquel lugar acostumbraban a acudir individuos de pésima reputación, la mayoría de los cuales rehuían la presencia de la policía.

Abundaban las mujeres y muchas eran bonitas. Se cercioró de ello a la primera ojeada. Su labor no prometía ser fácil, pudiendo encontrarse en una peligrosa situación en el momento más insospechado.

Ocupó un alto taburete y pidió al barman un *whisky*.

Apenas probó el licor cuando una atrayente morena se sentó a

su lado. No pudo menos de admirarla. Sus formas eran opulentas y prietas. Sus ojos grandes y negros, de insinuante mirar. La boca grande y bien formada, dejando entrever una dentadura blanca y perfecta.

—Un cóctel, Fred.

El barman sonrió y se apresuró a servirla. Ella se colocó un cigarrillo en los labios. Donald se apresuró a ofrecerle fuego. Exhaló una bocanada de humo y sin mirarle dijo:

—Gracias.

Donald se guardó el encendedor, no insistiendo en entablar conversación. Vio como ella le miraba sorprendida, aparentando no darse cuenta. Ahora miró el local; se hallaba bastante animado. La música era de cierta calidad, invitando a bailar.

—Esto está animado —dijo a media voz.

La morena se volvió hacia él.

—Sí, usted no acostumbra a venir por aquí, ¿verdad?

—No, tan sólo una vez, ya hace bastante tiempo.

—Debía venir, la música es buena y el ambiente agradable.

—Sí, eso se nota a simple vista. También es un aliciente comprobar la presencia de mujeres bonitas.

—Sí, este club tiene fama de ellas —los negros ojos se entornaron—. Hay mujeres bonitas, puede ir en busca de una de ellas.

—¿Debo ir a buscar a una? ¿Y por qué?

—Siempre gusta estar acompañado de una mujer bonita, los hombres suelen ser muy presuntuosos.

—¿Por qué voy a buscar a una mujer hermosa cuando a mi lado se encuentra la más bella?

—¿Se está burlando? —inquirió sonriendo provocativa.

Donald se inclinó sobre ella.

—Nunca me burlo de una mujer, y menos cuando digo la verdad.

—¿Le parezco bella?

—De una forma fabulosa, semejante a una diosa.

La mujer se volvió hacia el barman y abrió el bolso. Su intención era clara; se disponía a pagar el cóctel. Donald puso la mano sobre el mostrador y dijo:

—Si me lo permite, su consumición corre de mi cuenta.

Los negros ojos se clavaron en él, como si le hiciesen objeto de un escrutador examen. Después sonrió.

—Es usted muy amable.

—¿Desea bailar? La música suena muy agradable.

—No puedo negarme.

—Mi invitación no la obliga, no quisiera forzarla en contra de su deseo.

—Ya no le hubiera permitido hacerla, señor.

—Llámeme Donald. ¿Cómo se llama usted?

—Gail.

—Un nombre precioso. Gail, es muy bello, corresponde a su personalidad. Me gusta su nombre.

—Es usted terriblemente halagador.

—No, tan sólo justo.

Donald pagó las consumiciones y ofreció su brazo a Gail. De no estar preocupado por la penosa situación de Edmund Friend, se hubiese sentido verdaderamente satisfecho. Gail era una mujer atractiva, sin discusión, la más bella del local.

Pero ahora no deseaba divertirse, sino indagar, hasta hallar un indicio que le llevase hasta el misterioso asesino de Charles Burgess. Era una lástima, y se encogió de hombros.

Enlazó el flexible talle de Gail y empezaron a bailar. Conforme pasaban los minutos al lado de la atractiva mujer, sus lamentaciones interiores aumentaban. Pero su deber estaba por encima de todas las tentaciones. Tan pronto encontrase una pista, se despediría de Gail.

De momento le sería de gran utilidad, pues al estar en su compañía no despertaría las sospechas de sus enemigos. Su fama le ayudaría mucho en hacer normal su conducta. Su afición máxima eran las mujeres.

Ocuparon una mesa, llegando solícito un camarero.

—¿Qué quieres beber, Gail? ¿Champaña?

—Sí. Eres muy amable, Donald.

Cuando las copas estuvieron llenas de la espumosa bebida, Donald alzó la suya.

—Porque sea una noche maravillosa.

Gail no pronunció una sola palabra, pero sus grandes y bellos ojos negros estaban fijos en el rostro de Donald. Éste sintió como la

sangre hervía en sus venas. No obstante, se serenó acordándose de su misión. No debía dejarse aprisionar entre los encantos de Gail.

De pronto sus ojos quedaron fijos en un hombre, parpadeando ligeramente. A nadie le hubiera gustado ver como a Frankie Ross, y ahora se encontraba a escasa distancia de él.

Se inclinó sobre Gail y musitó:

—Debes perdonarme un momento, encanto.

—¿Me dejas, Donald? Voy a cambiar la opinión que me he formado de ti —la atractiva mujer hizo un mohín desdenoso.

—Lo lamentaría mucho, puedes creerlo. He visto a un amigo, hace mucho tiempo no le veía y quisiera saludarle.

Extrajo un cigarrillo del paquete y se lo alargó, ofreciéndole fuego, Gail sonrió.

—Eres muy amable.

—Además, te dejo una excelente compañía.

—¿Una compañía? —repitió ella mirando a su alrededor sorprendida.

—Sí, champaña.

Gail se echó a reír siguiendo con la mirada la apuesta figura del abogado.

Donald se detuvo a escasa distancia de donde se encontraba Frankie Ross. Éste conversaba con dos hombres, no habiendo ninguna mujer con ellos. Esperó pacientemente hasta que la mirada de Ross se posó en él.

La reacción fue instantánea. Ross abrió la boca sorprendido y pronunció tinas palabras, levantándose apresuradamente. Llegó al lado del joven y le tendió la mano efusivamente.

—Maxwell, cuánto me alegro de volverle a ver.

—Y yo, Ross. No ha cambiado de vida, ¿eh?

—No me es posible, Maxwell. Debe comprenderlo, en ningún lugar ganaré tanto dinero sin riesgos.

—Se expone a ir a la cárcel.

—Existen buenos abogados, aunque ninguno como usted. No me engañaron al recomendármelo. Todo me acusaba y usted logró demostrar mi inocencia.

—Lo era y no tuve grandes dificultades.

—Es usted prodigioso. Todavía me acuerdo cómo me miró al preguntarme: «¿Es usted inocente?». Cuando le respondí

afirmativamente, usted dijo... «Le defenderé».

—De no haberlo sido, nunca me habría encargado de su defensa.

—Si la «poli» me echa el guante y no soy inocente, ¿me defenderá?

—No. Tan sólo serviría para hacer su condena más severa.

—¡Es usted un tío imponente! Le aprecio a pesar de esas absurdas opiniones. El dinero debe cogerse sin ningún remordimiento. Excepto las drogas y el asesinato. Yo también tengo mi moral.

—No es usted un canalla, pero al haber conseguido bastante dinero, debería haberse establecido honradamente. Existen algunos negocios lucrativos.

—Vamos a beber un trago, le invito. No lo rechace.

—¿Por qué iba a hacerlo? He sido yo quien deseaba verle.

—¿Desea algo de mí?

—Sí, cierta información. Yo no pertenezco a la policía.

—Me reservo el derecho de dársela. No me gusta delatar a un conocido.

—Lo sé. Nunca me atrevería a pedirle semejante cosa.

Llegaron a la barra y Ross pidió dos *whiskies*, Donald miró hacia donde se encontraba Gail. Quedó sorprendido: la atractiva morena cambiaba unas rápidas palabras con un individuo, cogiendo apresuradamente un papel que éste le alargaba.

El hombre se alejó, haciéndolo despreocupadamente, mientras Gail leía la nota. Después la guardó en el seno. Todo esto transcurrió con rapidez, mientras él contestaba maquinalmente a algunas preguntas de Ross.

Su ágil mente enseguida creyó ver claro. La conducta de Gail fue premeditada. No se puso a su lado por casualidad, sino con el deseo de atraerle con sus encantos. Se trataba de una trampa de sus enemigos. Probablemente le siguieron hasta llegar al club y le lanzaron el anzuelo más propicio para él: una bella mujer.

Esto demostraba que no estaba equivocado, hallándose tras una buena pista aunque ésta fuese muy confusa. Miró a Ross. Éste hablaba con animación, demostrando ser sincera su alegría de verle.

—Ross —con un gesto había interrumpido su charla—. Voy a preguntarle lo que interesa.

—Puede hacerlo, amigo.

—¿Conocía usted a Charles Burgess?

Una mueca de desagrado contrajo las facciones de Frankie Ross.

—Sí, era un mal bicho. Quien lo envió al infierno realizó una meritoria acción.

—¿Cree que le mató el fiscal Friend?

—No cabe la menor duda. El fiscal Friend era admirable, me envió una vez a la cárcel y no le guardo rencor. Cuando usted me habló por vez primera, creí hallarme en su presencia, Sí, el fiscal Friend lo mató, de lo contrario lo negaría.

—Quizá algo muy importante se lo impide.

—¡Bah, Maxwell! No existe nada tan importante como la vida de uno. Si a un hombre le sientan en la silla eléctrica, todo se ha acabado para él.

Donald no pudo menos de sonreír ante la teoría de Frankie Ross, aunque no insistió.

—¿Estaba en buena situación económica Burgess?

—Sólo le quedaban un puñado de dólares, lo cual le decidió a regresar a Nueva York. Estaba especializado en el chantaje. Un tipo repulsivo.

—¿A quién había elegido como víctima?

—Probablemente a Edmund Friend. Por esto lo mató el fiscal.

Donald comprendió que su ex cliente no sabía nada más, habiendo sido sincero. Creía en la culpabilidad de Friend. Tan sólo consiguió una descripción exacta de Charles Burgess, siendo éste un vulgar chantajista.

—Me alegra haberle saludado, Ross. Me espera una linda dama.

—Siempre igual, Maxwell.

Y Ross le estrechó con fuerza y afecto la mano.

Se inclinó sobre Gail, admirando el nacimiento de su seno, mostrado generosamente.

—¿Te he hecho esperar mucho?

—No, la música y el champaña me han distraído durante tu ausencia.

—Eres una buena chica. ¿Bailamos?

Gail se levantó con presteza, no tardando en dar vueltas por la pequeña pista, mezclados con otras parejas.

El joven observaba con atención a la atractiva morena, como si tratase de descubrir cuáles eran sus intenciones. No tardó en tener

la seguridad de no haberse equivocado: se trataba del cebo tendido por el asesino de Charles Burgess.

Y el pez se lo tragaría, quedando prendido en el anzuelo..., aunque presto para desasirse y actuar.

Media hora después, Donald dijo:

—Se va haciendo tarde, Gail.

—Sí, nos podemos marchar.

Una vez en la calle, el joven se dirigió a su coche.

—Te acompañaré... si no tienes inconveniente.

—En absoluto, Donald. Eres encantador.

—¿Cuál es tu dirección? —preguntó con ambas manos sobre el volante.

Si alguna duda podía quedarle, ésta quedó desvanecida al ver titubear a su atractiva acompañante. Después dio la dirección, como si recitase algo de memoria. El plan de sus enemigos fue realizado sobre la marcha. Gail le fue enviada tan pronto entró en aquel local.

Las señas dadas por la sensacional morena estaban cerca, deteniéndose Donald ante una casa de modesta apariencia.

—¿En qué piso vives?

—En el tercero.

—¿Se trata de una pensión?

—No, no, es mío. Siempre me había hecho ilusión tener uno, consiguiéndolo con mis ahorros.

Habíanse detenido ante la puerta. Donald apoyó la mano en ella, no sorprendiéndose al comprobar que cedería a su presión. Todo estaba preparado.

—Algún inquilino se la habrá dejado abierta —comentó Gail nerviosamente—. Suele ocurrir con frecuencia.

—Es natural. ¿Me invitas a tomar una taza de café?

—Sí, puedes subir.

Donald la estrechó con fuerza entre sus brazos y la besó con ardor. Gail al principio intentó oponer una absoluta indiferencia, pero, subyugada por la vehemencia del joven abogado, sus brazos se enlazaron alrededor de su cuello.

Cuando Donald la soltó, dejó escapar un suspiro, continuando apoyada en él. Su actitud era una invitación, pero él la cogió del brazo, empezando a subir la escalera.

—Arriba continuaremos, preciosidad. La fiesta va a ser divertida.

Se detuvieron en el tercer piso. Gail abrió el bolso y extrajo una llave, alargándola al joven. Titubeó y dijo:

—Donald...

—¿Qué quieres?

—Nada. Abre la puerta, el interruptor está a la izquierda.

Por el tono de su acompañante, Donald comprendió que ésta estuvo en un tris de echarlo todo a rodar. Pero había reaccionado a tiempo, deseando ganar la cantidad ofrecida por su eliminación.

Introdujo con mano firme la llave en la cerradura, haciéndola girar, sin encontrar la menor dificultad. En lugar de seguir las instrucciones de Gail, buscando el interruptor a su izquierda, Donald se precipitó bruscamente hacia delante.

Su acción fue justa, un momento de dilación y el golpe hubiese caído sobre su cabeza. El hombre lanzó una blasfemia al ver fracasado su intento.

Donald se dejó caer ligeramente sobre él, su empujón lo derribó, mientras golpeaba con fuerza. Otro individuo se abalanzaba sobre él. Su puño le alcanzó en pleno rostro, derribándole aparatosamente. Al mismo tiempo se cerraba la puerta, quedando la estancia sumida en la más completa oscuridad.

Sintió un terrible dolor en una ceja, habiéndole golpeado por detrás. Se agachó para evitar ser alcanzado, haciendo un rápido cálculo de cuántos eran sus enemigos. Éstos eran tres. En esta ocasión el asesino de Burgess se mostró más precavido, concediéndole más importancia a sus cualidades combativas.

Golpeó en todas direcciones, hacia donde creyese oír un rumor. Por espacio de más de un minuto, Donald se hartó de golpear. En las actuales circunstancias la ventaja estaba de su parte, pues él pegaba sin meditarlo, teniendo la seguridad de alcanzar a un enemigo.

En cambio, los facinerosos no sabían con certeza a quién tenían delante, golpeándose entre sí. Donald tuvo la seguridad de tener a escasa distancia la cara de uno de sus adversarios, pues oyó su jadeante respiración. Su puño fue lanzado con demoledora potencia. El impacto fue terrible y oyó como un cuerpo caía pesadamente al suelo. Una sonrisa entreabrió sus labios.

Entonces sonó una voz ronca.

—Enciende la luz, Gail. Debemos acabar con este maldito.

La mujer obedeció. Donald se encontró en una estancia de reducidas dimensiones. Uno de sus enemigos se hallaba tendido en el suelo sin conocimiento; probablemente era a quien acababa de golpear. Otro permanecía apoyado en la pared, incapaz de sostenerse en pie.

El tercero empuñaba una porra de goma maciza y, como una exhalación se abalanzó sobre él con la intención de destrozarle la cabeza. Donald saltó ágilmente, a un lado, zafándose del furioso ataque del «gángster». Éste al fallar el golpe braceó furiosamente, tratando de recobrar el equilibrio.

El joven no le dio oportunidad de hacerlo; con las dos manos unidas le golpeó en la nuca, derribándole de bruces. Gail se encontraba apoyada en la puerta, mirándole con admiración.

No hizo el menor caso de la joven, fijando su mirada en el individuo apoyado en la pared, cuya nariz sangraba copiosamente. Éste, con un rápido movimiento, extrajo de un bolsillo una navaja. Oprimió el resorte y la hoja de acero brotó siniestra.

Donald saltó y uno de sus zapatos golpeó con violencia la muñeca del malhechor, obligándole a soltar el arma. El joven miró a sus derribados adversarios y comentó divertido:

—Estos caballeros me creían una fácil presa, ¿verdad, Gail?

—¿Lo sospechabas, Donald?

—Sí, vi cómo un hombre te entregaba una nota. ¿Me la quieres enseñar? Tengo curiosidad por leerla.

—La he roto.

—No trates de engañarme, preciosidad. Sé dónde la guardas, no me obligues a cogerla.

Dos forajidos traban de incorporarse. Donald los miró con dureza.

—¡Quietos o continuará la fiesta!

Donald vio cómo los bellos ojos se dilataban de espanto. Fue a volverse, pero ya era tarde. La culata de una pistola cayó sobre su cabeza, se tambaleó y con un esfuerzo se volvió.

Vio a un hombre alto, delgado. Vestía un traje gris oscuro y se cubría con un sombrero del mismo color. Su rostro estaba cubierto por unas gafas negras.

—¡Tú lo has querido, maldito! —exclamó con furia.

Y le golpeó en la frente.

Donald cayó exánime. Su agresor lo contempló sonriendo.

—Bueno, ya ha caído la pieza.

Después miró a los tres individuos. Dos de éstos ya se levantaban, mientras el otro continuaba tendido de bruces.

—Sois un hatajo de inútiles. Por fortuna, no me he fiado de vosotros y me he quedado; de lo contrario, ahora estaríais en poder de la policía. Y no sois merecedores de otra cosa.

—No nos ha sido posible reducirle a la impotencia. Cuando entró sospechaba nuestra presencia y nos atacó.

—Aun cuando haya sido así, tres contra uno constituye una gran ventaja.

—Pega de una manera terrible —trató de defenderse el forajido.

—Basta de discusiones —ordenó el de las gafas negras, tajante—. Atadle bien... Sabe demasiado y debe morir.

—Usted nos dijo que todo se limitaría a propinarle una paliza —objetó Gail adelantando dos pasos.

—Tu misión ha terminado, Gail —respondió con aspereza el desconocido—. Y no me ha gustado mucho tu conducta. Has estado a punto de denunciar mi presencia a ese abogado.

—He obedecido fielmente sus instrucciones —contestó la bella morena, visiblemente amedrentada.

—Toma tu dinero y márchate. Ni una palabra a nadie; si no me obedeces, te arrepentirás.

Gail cogió el fajo de billetes que le alargaba el siniestro personaje y se apresuró a salir de la estancia. No pronunció una sola palabra de despedida, no siéndole posible; una extraña congoja la poseía. Estaba arrepentida de haber aceptado la innoble proposición aunque tuvo la seguridad de limitarse a recibir el abogado una paliza.

Pero las palabras de aquel ser malvado fueron muy distintas, pues dictó la sentencia de muerte para Donald Maxwell. Era lamentable la suerte de aquel joven, apuesto y atractivo.

Una vez solos, el asesino señaló el cuerpo inmóvil de Donald.

—Atadlo.

Fue obedecido en el acto, y el joven quedó con las manos tras la espalda, sujetas por una fuerte cuerda. Las piernas también sufrieron la misma suerte.

—Es necesario adoptar precauciones: Donald Maxwell ha

demostrado ser muy peligroso. Ahora ya ha dejado de ser un obstáculo —murmuró como si hablase consigo mismo.

—¿Qué haremos con él...? —preguntó uno de sus hombres.

—Por mi gusto lo mataría en el acto. Dentro de un saco con una gran piedra y al mar. Ya no volvería a la superficie, siendo pasto de los peces. Pero no depende de mí, mañana se decidirá su suerte.

—Sería la mejor solución —asintió un forajido, acariciándose la dolorida mandíbula.

—Conseguiré que sea ésta —afirmó el siniestro personaje lanzando una carcajada.

CAPÍTULO VIII

El inspector Joyce se hallaba intranquilo. Sus ojos estaban fijos en la pared, mientras sus dedos jugueteaban maquinalmente con un lápiz.

Ya llevaba mucho tiempo sin tener noticias de Donald Maxwell. Si antes le importunó con varias llamadas telefónicas, todas en el transcurso de escasas horas y aún de minutos, ahora no daba fe de vida.

Temía por su vida, cuando le enteró de los dos avisos recibidos, siendo el segundo más contundente. El asesino de Burgess no vacilaría en matarle en cuanto se diese cuenta de su peligrosidad.

Donald Maxwell era hábil e inteligente, pero sus enemigos le acechaban en la sombra, pudiendo ser una fácil presa para éstos. Ante el prolongado silencio del abogado, mandó a dos de sus hombres en su busca. Éstos se encontraban ante él, desalentados.

—No ha dormido esta noche en su departamento. Hemos entrado usando una ganzúa y la cama estaba sin deshacer. Anoche cenó donde acostumbra a hacerlo, siendo ésta la última huella conseguida de Maxwell.

—¿Dónde se encontrará ese muchacho? —masculló Joyce.

Mordió la punta de un cigarro y escupió, encendiéndolo seguidamente. Aquel caso ya no le gustó desde el principio; la absurda actitud adoptada por Edmund Friend le desconcertó por completo. Fue Donald quien le hizo concebir esperanzas de demostrar su inocencia.

La nueva pista también resultó un fracaso. Uno de sus hombres siguió a Jeff Sexton, sin el menor resultado positivo. La actitud de Sexton fue normal, no conversando con nadie sospechoso, exceptuando individuos de su calaña.

Le resultaba doloroso permanecer cruzado de brazos, mientras la vida del joven abogado corría peligro... Y no obstante, debía hacerlo, pues continuaba ciego, no vislumbrando la menor claridad.

—Se debe continuar vigilando a Sexton, se trata de nuestra única pista.

Se levantó y cogió su sombrero, saliendo de su despacho con el ceño fruncido. Dos de sus hombres le siguieron sin pronunciar una palabra, obedeciendo a una señal.

Minutos después, Joyce se encontraba en presencia del director de la cárcel. Éste le saludó cordialmente.

—¿Desea hablar con el señor Friend?

—Sí.

Edmund Friend apareció con su característica actitud indiferente ante el policía, limitándose a responder cortésmente a su saludo.

—Su juicio no tardará en celebrarse, señor Friend.

—Lo supongo, Joyce.

—¿Sigue negándose a declarar?

—Nada debo declarar. Disparé contra Burgess. Eso es todo.

—Hable de una vez, señor Friend —rugió el inspector, exasperado—. Su vida está en peligro. ¿Es que no se da cuenta?

—Sí.

—Y no se trata sólo de su vida. No sabemos nada de Donald Maxwell, temo le haya ocurrido algo inevitable.

Las facciones de Friend se alteraron. Sus ojos miraron con ansiedad a su interlocutor.

—Lo lamentaría, Joyce. Se trata de un joven muy noble.

—Hable de una vez, señor —masculló Joyce, irritado—. Con su silencio sólo consigue encubrir a un asesino. Es evidente que usted no mató a Burgess, pues Maxwell no habría sido amenazado al empezar sus gestiones. Se trata de su deber, usted no puede ocultar la verdad.

—No puedo hacer nada por salvar a Donald Maxwell, se lo prometo.

Un resoplido de furor salió de los labios del inspector, estando a punto de lanzar su cigarrillo por el aire. Miró con dureza al fiscal.

—Nunca le hubiera creído capaz de adoptar esa actitud cobarde.

—No me debe insultar, Joyce.

—Me veo obligado a ello. Su conducta es incalificable. Hasta se

ha negado a recibir a su hija.

—Debe comprenderlo. No quiero que Lydia me vea en esta horrible situación. Por desgracia, no podré evitarlo durante el juicio.

Resultaba inútil insistir. Joyce lo comprendió al mirar a Friend. Nada de cuanto hiciese o dijera le liaría cambiar de actitud. Se levantó ceñudo, saliendo sin pronunciar palabra. Nunca hasta entonces se mostró descortés con Edmund Friend, pues siempre le inspiró un profundo respeto. En esta ocasión no pudo evitarlo, de continuar en su presencia, se habría desahogado insultándole.

Friend permaneció inmóvil, con la mirada fija en la puerta. Todo su estoicismo se derrumbó y apoyó la cabeza entre sus manos, sin lograr contener un angustioso sollozo.

—¡Dios mío, Dios mío!

* * *

Jeff Sexton se hallaba intranquilo. El habría querido permanecer ajeno a aquel asunto y no le era posible. Por casualidad se enteró de la situación en que se encontraba Donald Maxwell.

Fue su compañero quien se lo dijo en tono confidencial, sin poder evitarlo. Se burló de él por no querer continuar en aquel asunto, donde se lograban buenos beneficios y... también contundentes golpes. Un esparadrapo cubría una ceja lastimada de su compañero, aparte de visibles huellas en su faz.

—Ahora ese abogado no ha podido escaparse, se encuentra bien atado y a punto de ser tirado al mar, con una gran piedra como lastre. Me alegro, es un individuo entrometido y presuntuoso.

Sexton no pensaba así, acordándose de la noble conducta de Maxwell con él. Le dejó en libertad, cuando le habría sido fácil entregarle a la policía. Y nunca se le olvidaría el vaso de excelente *whisky* ofrecido por el abogado.

Su compañero reía sarcástico, mientras en su interior notaba una extraña sensación.

—Has sido un idiota. Ese hombre me dará quinientos dólares cuando hayamos terminado con Maxwell.

—No quiero ese dinero —respondió Sexton, hosco.

—Te has vuelto muy pusilánime.

—No me gusta matar a un hombre.

—¡Bah, yo no lo haré! Tan sólo me encargaré de lanzar el saco al mar. Algo fácil de hacer.

—Si te descubren, puede valerte un asiento de preferencia en la silla eléctrica.

—No seas cenizo. No puede ocurrir absolutamente nada, ese tipo es muy hábil y lo tiene todo bien preparado. Ahora se encuentra en el piso de Dundee, un tajo en el cuello y... asunto concluido.

—¡Basta..., no me hables más de este asunto! —exclamó Sexton, airado.

Su compañero le contempló sorprendido. Después se echó a reír.

—Como quieras, muchacho.

Y se marchó.

Sexton permaneció con el ceño fruncido. No le gustaba haberse enterado de la peligrosa situación de Donald Maxwell, y menos saber su inminente fin. No quería confesárselo, pero sentía una extraña estimación por el joven abogado, aparte un gran agradecimiento.

Sacudió la cabeza para disipar aquellos pensamientos. A él no le importaba cuanto pudiese ocurrir. Si Maxwell se obstinó en seguir adelante, a pesar de las amenazas recibidas, allá él con las consecuencias.

Sin embargo, no le fue posible conseguirlo. Se le aparecía constantemente la imagen de Maxwell con un horrible tajo en el cuello. Después era metido en un saco, con una gran piedra atada a los pies y arrojado al mar.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Su puño golpeó sobre la mesa y musitó:

—Donald Maxwell no puede ser asesinado.

Le dolía este pensamiento. El joven abogado se encontraba en la plenitud de la vida, siendo noble y justo.

Pero él se hallaba al margen de los acontecimientos, no debiendo preocuparse de cuanto ocurriese. Pero resultaba inútil hacerse este razonamiento, su conciencia continuaba acusándole.

Debía estar reconocido a Maxwell, por haberse portado tan bien con él. Aunque de esto a exponer su vida por salvarle, mediaba un abismo. ¿Qué podía hacer él?

Alrededor del atado abogado debía haber tres hombres,

pendientes de cuanto pudiese ocurrir. Al menor intento descubrirían al audaz individuo que intentase salvarle. Las consecuencias serían nefastas para éste, y más si era conocido de ellos, pues le juzgarían como traidor.

Sin embargo, él conocía bastante bien la casa de Dundee, un escocés ladino y malhumorado. No le sería difícil llegar hasta donde se encontraba Donald y ayudarle a escapar de las garras de la muerte.

Quiso combatir contra esta idea, no siéndole posible, pues cada vez se hincaba más en su cerebro. Se trataba de una horrible visión evocar la apuesta figura de Donald Maxwell degollado, encerrado en un saco y echado para ser pasto de los peces.

No le fue posible continuar en aquel local. Pagó la consumición y salió a la calle. La temperatura era agradable, no haciendo mucho calor. Anduvo despreocupadamente, procurando no pensar nada. Cuando se dio cuenta se encontró en la calle donde estaba el piso de Dundee, y sus ojos se fijaron en el balcón.

La casa sólo tenía cuatro pisos, siendo relativamente fácil descender por el tejado hasta el balcón de Dundee. El tenía una gran experiencia y habilidad en escalar edificios, no ofreciendo peligro intentarlo.

—No quiero meterme en esto —masculló irritado.

Y se alejó apresuradamente, como si quisiera librarse de una irresistible tentación.

Ahora su rostro estaba lleno de sudor, dirigiéndose a una pequeña plazoleta, muy próxima. Se dejó caer en un banco y encendió un cigarro, procurando no pensar en nada. Esto en aquel día era un imposible para Jeff Sexton.

El recuerdo de Donald Maxwell no se apartaba de su mente. Le veía cuando le golpeaba en el estómago, haciéndole inclinarse hacia delante víctima de un insoportable dolor. Después, abofeteándole para hacerle recobrar el conocimiento, obligándole a subir en su coche. Finalmente en su piso, haciéndole preguntas y ofreciéndole el vaso de *whisky*. Este último gesto le llegó al corazón.

Ya empezaba a oscurecer y se levantó. Al parecer no había decidido nada sobre el problema que le atormentaba, pero sus pasos se dirigieron hacia la calle donde vivía Dundee.

Avanzó pegado a la pared, evitando ser visto. Llegó a la escalera

y entró con cautela. Se sorprendió a sí mismo al subir los peldaños. Se encogió de hombros. Ahora ya estaba decidido a hacer cuanto le fuese posible por salvar a Donald Maxwell.

Cuando llegó al tercer piso su corazón latía violentamente. Tanto por el temor de ser descubierto, como por pensar que tras aquella puerta se encontraba el abogado.

No se detuvo, continuando subiendo los peldaños. Cuando llegó a la puerta del tejado respiró aliviado al encontrarla abierta. Entró sin la menor vacilación, yendo hacia el alero. Ahora ya no vacilaba lo más mínimo, actuando con rapidez, como si el tiempo tuviese gran importancia.

Empezó a descender, haciéndolo con gran habilidad, sin dar muestras de la menor vacilación. Cuando llegó al balcón saltó ágilmente a él, sin producir ruido.

Ahora se presentaba la parte más difícil: abrir la puerta sin hacer ruido. Le hubiera sido fácil rompiendo el cristal, pero no deseaba dejar rastro de su paso.

Empezó a trastear con cautela, corriendo el riesgo de no encontrar a Maxwell solo. Si esto ocurría, su situación sería angustiosa, pues debería luchar, aunque fuese con su compañero. Ya no podría volverse atrás.

El sudor corría por su rostro, y respiró aliviado cuando la puerta cedió a su presión. Con cautela asomó la cabeza. La suerte parecía ayudarle, pues tan sólo se encontraba Donald en la estancia.

El abogado se hallaba sentado en una silla, con las manos atadas tras la espalda. Las piernas también estaban atadas, habiendo tomado grandes precauciones con él para inmovilizarlo.

Sexton entró en la estancia y murmuró:

—No haga nada, Maxwell. He venido a ayudarle.

La advertencia resultaba inútil, pues el joven estaba amordazado.

Donald, al oír la voz de Sexton movió la cabeza, sintiendo una gran alegría, pues ya había perdido toda esperanza.

Los dedos de Sexton maniobraron con rapidez en las ligaduras, mientras susurraba:

—No conviene romperla, debe dar la sensación de haberse librado con sus propios medios. No quisiera que sospechasen de mí.

El joven fue asintiendo, mostrando su conformidad con todo

cuanto iba diciendo Sexton. Estaba conforme en todo, sorprendido por la acción de aquel granuja. Nunca le hubiese creído capaz de exponer su vida por salvarle, pues él se limitó a no entregarle a la policía. De ninguna forma podía sospechar que la decisión de Sexton fue debida al vaso de *whisky* ofrecido antes de marcharse.

Donald respiró profundamente al sentir los brazos libres, apresurándose a moverlos para hacer circular la sangre. Inmediatamente se quitó la mordaza, mientras Sexton le libraba las piernas.

—Gracias, Sexton. No debió haberse arriesgado.

—No puedo permitir le asesinen.

—Si sus compañeros le descubren, le matarán.

—Es lo más probable.

La contestación fue hecha con sencillez, dejando al joven impresionado.

Se puso en pie con dificultad, apresurándose Sexton a sostenerle.

—¿Puede continuar derecho?

Donald asintió con un movimiento de cabeza. Cuando hablaban lo hacían en voz baja por temor a ser oídos por los forajidos. El joven flexionó las piernas varias veces, sintiéndose aliviado.

—¿Podrá escalar la pared, Maxwell? —preguntó Sexton con ansiedad.

—No lo creo. Tengo los miembros entumecidos.

—Es una contrariedad. ¿Cómo podremos salir de aquí sin ser vistos?

El joven tomó una rápida determinación.

—Ya ha hecho bastante por mí, Sexton. Puede irse, cuidaré de estos miserables.

—Será peligroso.

—No creo; son dos y me será fácil reducirlos a la impotencia. Los cogeré desprevenidos.

—¿Y si no lo consigue?

—Por la cuenta que me tiene, pondré fuera de combate a esos miserables. No se preocupe por mí, ya ha hecho bastante. Lamentaría le ocurriese una desgracia.

Sexton vaciló, no decidiéndose a dejarle solo. Donald le empujó con suavidad hacia la puerta del balcón.

—Váyase.

—Es que...

—No se detenga, pueden entrar esos canallas.

—Le deseo suerte. Pégueles duro.

—Lo haré.

Sexton empezó a ascender, haciéndolo con gran seguridad. Donald lo contempló hasta perderlo de vista, no viendo el gesto de despedida de Sexton. Emocionado murmuró:

—Nunca le hubiese creído capaz de hacer semejante cosa.

Cerró la puerta con suavidad, haciendo desaparecer toda huella del paso de Sexton. La intervención de éste no sería descubierta.

Dejó las ligaduras donde estaban, acercándose a la puerta. Entonces se le ocurrió una idea: retrocedió y derribó la silla. Oyó las voces de sus dos carceleros, prestando gran atención por si eran más. Los dos facinerosos ya se encontraban al otro lado de la puerta.

—¿Qué habrá ocurrido?

—Se habrá caído con la silla. Estoy deseando verle degollado.

Donald se enfureció al oír estas palabras, sintiendo una rabia infinita. Le pareció increíble que un ser humano hablase con tanta frialdad de dar muerte a otro.

La puerta se abrió. Los dos hombres entraron, pues Donald tuvo la precaución de poner la silla fuera de la visual de los forajidos.

Tan pronto lo hubieron hecho y sus ojos vieron la silla derribada, uno de ellos lanzó una exclamación de sorpresa. No tuvieron tiempo de reponerse.

Donald se lanzó sobre los dos hombres como una exhalación. Sus puños cayeron sobre ellos con demoledora potencia, derribándoles al suelo. A pesar de ello, no cesó de golpear, hasta dejarlos sin conocimiento.

Se agachó, y los desarmó. Al tener la pistola en la mano, ya se sintió seguro, no temiendo la llegada de nuevos «gangsters».

Registró a los forajidos, cogiendo un paquete de tabaco y encendiendo un cigarrillo. Notaba una gran debilidad, pues sólo le dieron a comer un pedazo de pan y queso. Fue en busca del teléfono y marcó el número de la Comisaría. Cuando oyó la voz del inspector Joyce, notó una agradable sensación.

—Inspector Joyce, soy Maxwell.

—¡Por Dios santo! ¿Dónde se encuentra usted?

Le dio la dirección, repitiéndola para evitar un error.

—Venga cuanto antes, estoy en compañía de dos pájaros.

—En seguida estaré ahí.

Donald regresó rápidamente a la habitación donde permaneció tantas horas atado y amordazado. Sonrió al ver a los dos bandidos; uno de ellos ya se incorporaba, mientras el otro gemía sin cesar, semiinconsciente.

Ninguno de ellos representaba ningún peligro inmediato, a pesar de su desfallecimiento y aunque hubiese carecido de la pistola. Los castigó con dureza, mostrándose implacable hasta haberlos dejado sin conocimiento. El furor y la ira se apoderaron de él, así como de la ansiedad de escapar de la muerte.

—Estaréis quietos, chicos —dijo con suavidad, encañonándolos—. No tardaremos en recibir una visita agradable.

—¿No habrá llamado a la policía? —inquirió un facineroso, invadido por el pánico.

—Naturalmente. Y tendré el placer de presenciar vuestro juicio. Probablemente os darán a elegir entre San Quintín o Sing-Sing.

Cualquiera de estas residencias os sentará bien.

Sus palabras fueron como un espilonazo para el delincuente, el cual, ciego de miedo y de rabia, se arrojó contra él. Donald le vio avanzar, impasible, sosteniendo la pistola con firmeza. Golpeó con la izquierda en rápido directo, dando en pleno rostro de su adversario, y éste quedó sentado en el suelo, sin fuerzas para levantarse.

—Bueno, ahora ya, tienes bastante.

CAPÍTULO IX

El inspector Joyce cumplió su palabra. A los diez minutos escasos llamaba a la puerta del piso de Dundee, seguido de dos agentes.

Cuando vio la figura del abogado en el umbral, dejó escapar un gruñido, aunque su mano cayó con afecto en la espalda del joven. Sus ojos brillaban de alegría al verle ileso.

Los dos agentes obligaron a los bandidos a levantarse. Joyce comentó con ansiedad:

—Tiene un mal aspecto, muchacho.

—He estado muchas horas atado y sin comer apenas. Tengo un hambre de lobo.

—Registraremos el piso y le acompañaré al restaurante más próximo. Dejaré dos agentes por si regresa alguno de sus compañeros.

—Será inútil. Tengo la convicción de que ya están, enterados de lo ocurrido. La llegada de su coche les habrá alarmado.

—También lo creo así. Pero se trata de una posibilidad y debemos aprovecharla.

Donald no trató de discutir; con la medida no se perdía nada, pudiendo resultar eficaz. Realizaron el registro sin encontrar nada revelador, ni el menor indicio para hallar al asesino. Se encararon con los dos malhechores, que temblaban como azogados. El inspector Joyce los contempló burlón.

—Habéis recibido parte de vuestro merecido, granujas —comentó cerciorándose de las huellas dejadas por los puños del abogado—. Ahora un juez decidirá sobre vuestro porvenir. ¿Quién os pagó para quitar de en medio a Donald Maxwell?

—No lo conocemos —ante la expresión dudosa del inspector, se apresuró a añadir—: Se lo podemos jurar.

—Vuestro juramento no tiene el valor de un centavo. Se me hace cuesta arriba creerlos, no acostumbráis a trabajar para un desconocido.

—En esta ocasión, sí. Nos pagaba bien.

Joyce cambió una rápida mirada con el joven. El asesino era endiabladamente astuto, trabajando con habilidad, procurando no dejar rastro de su identidad.

—¿Cómo es?

—Es alto y parece fuerte. Viste un traje gris y se cubre la cara con unas gafas negras.

—¿Nada más?

—Eso es todo, inspector Joyce. Se lo puedo jurar por lo más sagrado. Usted me conoce, soy incapaz...

Joyce hizo un ademán y los agentes se apresuraron a hacerles salir de la estancia. El inspector cogió con suavidad el brazo de Donald.

—Ahora a cenar, Maxwell, pero sin exceso, podría perjudicarlo. Mientras come me explicará todo lo ocurrido.

—Gracias, inspector. Es usted muy comprensivo.

—¡Hum!

Esta exclamación fue hecha con violencia, como si el policía estuviese arrepentido de haberse mostrado cordial. Salieron de la casa, dando Joyce las instrucciones precisas para vigilar el piso de Dundee, ordenando la detención de éste, pues no era ninguno de los detenidos.

Donald empezó a comer con insaciable apetito, aunque se mostró moderado, obedeciendo la indicación de su acompañante. Frente a él, Joyce saboreaba un café y fumaba uno de sus inseparables cigarros.

—No comprendo cómo ha podido librarse de esa situación, Maxwell.

—Va a sorprenderse, inspector. Pero esto se lo comunico en tono confidencial, pues en forma alguna debe constar en el sumario. Jeff Sexton ha sido quien me desató, habiendo entrado por el balcón.

—¡Sexton! Parece increíble, nunca le hubiese creído capaz de una acción semejante. El granuja se burló de la vigilancia de un agente.

—Ha sido mi ángel de la guarda; de no haber sido por él, a estas

horas me habrían degollado y echado al mar. Éstas fueron las palabras del asesino.

Y refirió de forma escueta todo lo ocurrido.

—Apenas pudo ver a ese hombre, Maxwell. Ha sido una lástima.

—Tan sólo un segundo, al volverme aturdido por el golpe recibido. Seguidamente volvió a propinarme otro culatazo. Es tal como lo han descrito esos granujas, pero hay algo en él que se me ha quedado grabado. Si vuelvo a verle estoy convencido de reconocerle. Se trata de algo impreciso, imposible de definir.

—¡Bah, estamos igual que antes! No hemos avanzado un solo paso.

—Así es —debió reconocer el joven, desalentado.

—Ahora debe descansar.

—Quisiera realizar algunas gestiones.

—Mañana será otro día, Maxwell —ordenó el inspector con dureza—. Ahora le acompañaré a su alojamiento. Si es necesario cerraré la puerta con llave.

—¿Será capaz de hacerlo?

—Puede tener la completa seguridad de ello.

—Está bien, le obedeceré.

Poco después, Donald ofrecía un *whisky* a Joyce. Éste lo saboreó con visible satisfacción, mirando a su alrededor.

—Vive usted muy bien, Donald.

—Sin lujos, pero con todas las comodidades posibles.

—Aquí hace falta la mano de una mujer, le...

—No quiero ningún consejo, inspector. No quiera usted complicarme la vida.

—Está equivocado. Yo también opinaba así, creyendo ser feliz gozando de absoluta libertad. Me casó por pura casualidad, es decir, por habérselo propuesto mi esposa. —Joyce hizo un malicioso guiño—. Y ahora no podría vivir sin ella. Conoce mis gustos y puntos flacos, debiendo tan sólo alargar la mano para coger lo que deseo.

—¡Bah, pamplinas! —exclamó Donald, encogiéndose de hombros con desdén.

—Ya volveremos a hablar de eso. ¡Hasta la vista!

Cuando Joyce hubo salido, Donald se desnudó y se tendió en el lecho. Apenas le fue posible apagar la luz, pues se quedó profundamente dormido. Tenía el cuerpo dolorido, ansiando

descansar.

Al despertar, sintióse asaltado por un hambre feroz. De un salto quedó de pie y se duchó, afeitándose seguidamente. Al contemplarse al espejo hizo una mueca de disgusto. En su rostro se reflejaban las huellas de los golpes recibidos, sobre todo en la frente, notándose un abultado chichón azulado, debido al culatazo recibido.

Aquel asesino lo pagaría caro. Tan sólo deseaba tenerle enfrente.

Se olvidó de su lamentable aspecto físico y procedió a prepararse un succulento desayuno. Cuando terminó, se sintió más optimista. Entonces se acordó de su coche y se encogió de hombros. Ya aparecería. Necesitaba ver a Lydia. No temía por su seguridad, pues de haberle ocurrido algo desagradable se lo habría dicho el inspector Joyce. A pesar de esto, debía hablar con ella, informándose de si había sucedido algo imprevisto.

Una vez en la calle, alzó una mano, deteniendo un taxi. Le dio la dirección del domicilio de Edmund Friend, mientras notaba una extraña sensación en el interior de su ser. Sin darse cuenta refunfuñó unas ininteligibles palabras, haciendo volver la cabeza al taxista.

—¿Decía, señor?

—Nada, perdone. Pensaba en voz alta.

El taxista le observó con sospechosa expresión, moviendo la cabeza dubitativo. Donald no pudo menos de sonreír; aquel hombre dudaba de su sensatez... Y él también.

Pagó la carrera y no tardó en llamar a la puerta de la casa del fiscal Friend. Magda apareció y al verle dejó escapar una exclamación de alegría.

—Me alegro de volverle a ver, señor Maxwell.

—Gracias, señora. Quisiera hablar con Lydia.

—Debe esperar, tiene una visita.

El joven no pudo evitar un gesto de contrariedad.

—Se marchará enseguida. Además, le diré que usted la está esperando. ¡Dios mío! ¿Qué le ha ocurrido?

Donald se llevó una mano a la frente instintivamente, sonriendo forzosamente.

—Ayer tuve un accidente, nada de importancia.

—Se dio un golpe terrible, pudo haberse matado.

—Afortunadamente, no ha sido así.

El joven paseó nerviosamente por el amplio recibidor. Tuvo la tentación de fumar, pero no lo consideró correcto. No obstante, segundos después encendía un cigarrillo.

Oyó pasos y no pudo menos de fruncir el ceño disgustado. Se acercaba Lydia acompañada de un hombre. La joven le saludó con un movimiento de cabeza.

Donald le respondió instintivamente, pues toda su atención estaba puesta en su acompañante. Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años, alto y nervudo, vestía con elegancia y sus modales eran correctos. Sus facciones eran duras, denotando una gran seguridad en sí mismo. No recordaba haberlo visto nunca, pero algo le era familiar.

El desconocido estrechó la mano de Lydia, mientras pronunciaba unas corteses palabras de despedida. Sus ojos se clavaron en Donald, y el joven se estremeció.

Sí, tenía la completa seguridad de tener delante al asesino de Charles Burgess. Acababa de descubrir el detalle delator. Se trataba de su barbilla, dura y algo prominente, como si tratase de alcanzar el labio inferior.

Se trataba de algo absurdo, pero Donald Maxwell tenía la seguridad de no equivocarse. A pesar de haber notado una sacudida eléctrica recorrer su cuerpo, el joven permaneció impassible, debiendo hacer un gran esfuerzo para conseguirlo.

Además, la mirada de aquel hombre puesta sobre él era amenazadora. Le dio la impresión de haberle querido fulminar.

El desconocido se marchó y Lydia cerró la puerta. Se dirigió hacia él con visible alegría. Sus bellos ojos dejaban entrever un gran afecto. La joven se detuvo y dejó escapar una exclamación.

—¿Qué le ha ocurrido, Donald?

—He tenido un pequeño accidente, nada de importancia.

—No trate de engañarme, alguien le ha golpeado.

—Es posible, pero no debe preocuparse por ello.

—Ha sido por causa de mi padre, ¿verdad?

Y le miraba con fijeza.

Donald no tuvo valor para mentir y asintió con un gesto.

—No debe continuar, Donald. Esos asesinos le matarán. Usted no debe pagar la obstinación de mi padre.

—Es inocente y lo demostraré —respondió él con firmeza.

—Jamás podré pagarle cuanto está haciendo, Donald. Yo...

Sin darse cuenta había puesto la mano sobre el brazo de él. Donald siempre acostumbraba a actuar con calculada audacia con las mujeres... En esta ocasión fue muy distinto, obró sin tener conciencia de sus movimientos, subyugado por el encanto de aquellos ojos claros.

Sus brazos oprimieron a la muchacha, estrechándola contra su pecho y sus labios buscaron ansiosos los de ella. Ninguno de los dos supo el tiempo que transcurrió, pues cuanto existía a su alrededor se desvaneció.

Fue Donald quien se separó. Su viril semblante estaba enrojecido.

—Perdóneme, Lydia.

—No puedo perdonarle, se ha portado de forma vil.

Y la muchacha se encaminó hacia la salita. A pesar de la aspereza de su contestación, Donald habría quedado sorprendido de haber visto la expresión de su semblante. Ésta era de contenido júbilo y sus ojos brillaban.

El la siguió con torpeza.

—No puedo explicarme cómo ha podido ocurrir una cosa semejante. Le ruego me disculpe.

—Yo confiaba en usted por completo. Además, afirmó no ser yo su tipo.

—No es eso, Lydia. Usted no se puede comparar con las demás mujeres. Es distinta.

—Comprendo. Soy la hija de Edmund Friend, un hombre a quien usted admira.

Donald tenía la impresión de estar siendo acosado de un modo implacable, como si una jauría de furiosos perros le rodease.

—No, Lydia, no se trata de eso; es usted una chiquilla adorable y cualquier hombre se consideraría dichoso con hacerla su esposa.

—Menos usted, ¿verdad?

—¡Maldición! —rugió el joven, exasperado—. ¡Yo también sería feliz si fuese mi esposa! Pero eso no es posible.

—¿Por qué no, Donald?

—No soy merecedor de ello. Mi fama, mi...

Ahora fue Lydia quien no dejó hablar al abogado. Para ello solo

le fue necesario poner las manos en el pecho varonil, aproximándose a él. Se empinó sobre las puntas de los pies y le besó con suavidad en los labios.

Donald movió la cabeza.

—¿No me estarás agradecida, Lydia?

—Nada de eso. Una mujer sabe cuándo está enamorada.

De nuevo estuvieron estrechamente abrazados, pero esta vez solo fueron breves instantes. Se apresuraron a separarse al oír los pasos de Magda.

—¿Quiere café, señor Maxwell?

—Sí..., sí, gracias.

Sonrió al ver el rubor que cubría las mejillas de la muchacha, acariciándola con afecto.

—Cometeré la mayor locura de mi vida, Lydia.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó ella con viveza.

—Sí, tan pronto como haya solucionado este desagradable asunto, y el nombre de tu padre quede limpio de toda mancha.

—¿Y si ésta no llegase a ocurrir? —inquirió Lydia con tristeza.

—Será igual. Yo siempre creeré en él, no me importa la opinión de los demás.

—Gracias, Donald.

Magda ya se encontraba en la salita, sirviendo el café al joven. Donald lo saboreó e hizo un gesto de complacencia.

—Está muy bueno, Magda.

—Es usted muy amable.

El joven se volvió hacia su amada, cogiéndole una mano.

—¿Quién era ese hombre, Lydia?

La muchacha parpadeó sorprendida.

—¿No tendrás celos de él, Donald?

—No se trata de eso, chiquilla —respondió el joven con afecto—. Le he visto antes y no sé dónde.

Y con un gesto maquinal se acarició el chichón de su frente.

—Se llama Godfrey Heston. Es el secretario de James Gordon, un amigo de papá, acaudalado comerciante.

Donald se grabó estos nombres en su mente, aunque no le fue necesario con el del comerciante, pues era sobradamente conocido en la ciudad. Una gran esperanza le invadió, como si ya estuviese en posesión de la clave de aquel enigma.

Lydia quedó desagradablemente sorprendida al verle despedirse pocos minutos después.

—¿Ya te marchas?

—Sí, tengo mucho trabajo. No salgas de casa, Lydia. Prométemelo.

—¿Crees que corro peligro?

—Es posible. Todo gira a tu alrededor. Por nada en el mundo quisiera te ocurriese un percance.

Se puso en pie, inclinóse sobre la muchacha y la besó con suavidad.

—Ten mucho cuidado, Donald.

—Lo tendré, chiquilla.

Ahora esta palabra ya no resultaba tan desagradable para los oídos de Lydia; al contrario, le producía una deliciosa sensación. Ya no sentíase sola y desvalida, junto a ella siempre estaría Donald Maxwell. Y confiaba en él; al fin lograría demostrar la inocencia de su padre.

Agitó la mano cuando Donald se volvió por última vez. Vio cómo Magda sonreía maliciosa.

—No está bien dejarse besar por un hombre, y más cuando éste es casi un desconocido.

—Donald me quiere, Magda. Ha prometido casarse conmigo.

—Estaba convencida de ello.

—¿De veras, Magda? —exclamó Lydia, sorprendida.

—Me di cuenta cuando le diste aquel terrible puntapié. Su cara lo dio a entender.

—No me di cuenta.

—Lo comprendo. Tú también dabas la misma impresión. Me alegro de que Donald Maxwell se haya declarado. Es un gran muchacho.

—¿Verdad que sí?

—Sí, Lydia. Tengo la seguridad de ello.

—Y demostrará la inocencia de papá. Me lo ha prometido.

Y sus ojos brillaron de esperanza.

CAPÍTULO X

Donald realizó algunas investigaciones sobre la identidad de James Gordon. Todas fueron altamente satisfactorias para la honorabilidad de éste. Su posición era sólida, poseyendo una gran fortuna.

En cuanto a Godfrey Heston, parecía seguir la línea ascendente de su jefe, aunque en menor escala. Vivía bien y ganaba bastante dinero, todo esto justificado por su empleo.

Llegó al lugar donde estaba instalada la oficina de Gordon, un alto rascacielos. Admiró el lujo existente en la oficina, entregando su tarjeta a una secretaria.

—No sé si el señor Gordon podrá recibirle, está muy atareado.

—Hágale el favor de decirle que definiendo al señor Friend —mintió el joven.

Esperó durante unos minutos. La secretaria apareció diciendo:

—Haga el favor de seguirme, el señor Gordon le espera.

El despacho del millonario era suntuoso. El suelo daba la sensación de ser un espejo. Los ojos de Donald se clavaron en la maciza figura del hombre sentado tras la amplia mesa. Tras él, un amplio ventanal mostraba un fantástico panorama de la ciudad.

Se trataba de un hombre no muy alto, aunque obeso.

Vestía con exagerada ostentación, brillando con centelleantes reflejos un soberbio solitario, en su dedo meñique. Sonrió al joven, sin tenderle la mano.

Donald se limitó a inclinar la cabeza.

—Haga el favor de sentarse, señor Maxwell. Me explicará el objeto de su visita.

—Es muy sencillo. El señor Friend tiene en usted una gran confianza y me he rogado venga a hablarle.

Las espesas cejas de James Gordon se enarcaron, haciéndose sus

ojos más diminutos, casi como cabezas de alfiler. Donald tuvo la impresión de ser acechado por una formidable serpiente.

—Tenía entendido que mi amigo Friend no quería ser defendido, reconociendo su culpabilidad.

—¿Usted cree en ella, señor Gordon? —preguntó el joven, con suavidad.

La pregunta cogió desprevenido al opulento comerciante, que hizo una rápida mueca y carraspeó antes de responder:

—Personalmente no creo capaz a Friend de cometer una acción contraria a la Ley, y matar a un hombre lo es. No obstante, su actitud indica que es culpable, pues insiste en haber disparado contra Charles Burgess.

—¿Conocía usted a Burgess? —volvió a preguntar Donald.

El obeso cuerpo de Gordon se enderezó. Su semblante enrojeció ligeramente. Se dominó y respondió con aspereza:

—No he conocido a Burgess. No acostumbro a tratar a hombres de esa calaña.

—Lleva usted razón. Tengo entendido que Burgess era un sujeto de pésimos antecedentes. Trataba en drogas.

—No comprendo cómo Friend podía conocerle.

—Es bastante lógico; el señor Friend es fiscal y trataba con gente de esa índole.

—Es cierto. Le he dicho que Friend no deseaba ser defendido. Por eso me extraña que usted se haya anunciado como tal.

—Es medio secreto, señor Gordon. Se trata de un acuerdo entre el señor Friend y yo. Como me ha encargado venga a verle, no vacilo en decírselo.

—¿Qué desea de mí Edmund Friend?

—Me ha dado el encargo de decirle que en el caso de ser ajusticiado, se cuide de su hija.

En el amplio semblante de James Gordon apareció un gesto de ternura. Se echó hacia delante, apoyando los dos brazos sobre la mesa. Su mirada quedó fija en el rostro de su visitante.

—Dígale a Friend que puede estar tranquilo. Mientras yo viva, a su hija no le faltará nada.

—Es usted muy generoso, señor Gordon.

—Nada de eso, Maxwell. Conozco y quiero a Lydia, mi deber es protegerla si se encuentra desvalida. Aunque esto no ocurrirá, pues

su padre le dejará una verdadera fortuna.

—No lo crea, señor Gordon.

—¿Qué ha dicho usted?

—El señor Friend jugaba a la Bolsa y últimamente ha tenido una mala racha. ¿Me entiende?

—Parece increíble; jamás lo hubiera sospechado.

—Por eso está justificado el temor del señor Friend y su ruego.

—Mi amigo puede estar tranquilo.

—Le estoy muy agradecido.

Donald se levantó, sin tender la mano al millonario. Éste dijo:

—He oído: hablar mucho de usted, Maxwell. Encuentro su fama justificada.

—Es usted muy amable al hacerme ese elogio. He tenido suerte en un par de casos. Los periodistas a veces suelen ser exagerados. Buenos días. Lamento haberle molestado.

—Usted no me molesta, le recibiré siempre que lo desee. Puede contar conmigo para ayudar a Friend.

—Gracias.

Donald salió del despacho. Estaba contento, habiendo conseguido cuanto deseaba al llegar a aquel lugar. De pronto se estremeció. Un hombre se encontraba a escasa distancia de él, mirándole con fijeza. Era Godfrey Heston.

Fue a pasar por su lado, aparentando no haberse fijado en su presencia. Pero Heston se interpuso. Donald le miró con expresión interrogadora.

—Hace muy poco le he visto.

—¿A mí?

—Sí. En casa del señor Friend. He visitado a su hija.

—¡Ah, era usted el visitante! Sí, me parece recordarlo.

—¿A qué se debe su presencia aquí?

—¿Con qué derecho me hace usted esa pregunta? —inquirió a su vez Donald, agresivo.

—Soy el secretario del señor Gordon.

El joven cambió de actitud inmediatamente.

—Eso es distinto. He venido a hablar con el señor Gordon. Se trata de algo privado, no puedo decirle de qué se trata.

—No es necesario.

Y Heston inclinó la cabeza ligeramente, mientras se echaba a un

lado, dejando el paso libre al joven. Donald se alejó, seguido por la mirada inquisitiva del secretario.

Godfrey Heston entró como una exhalación en el despacho de Gordon, encontrando a éste preocupado. Sin dignarse hacer el menor saludo, preguntó:

—¿Con qué intención le ha visitado Donald Maxwell?

—Ha venido a efectuar un encargo de Friend, quien se halla arruinado y me pide proteja a su hija.

—¡Hum, todo esto es muy extraño! Maxwell hace más de dos días que no ha visitado a Friend. Lo sé con certeza, pues mis hombres no le pierden de vista. Algo está tramando, es muy peligroso.

—¿Crees que puede haber descubierto la verdad?

—No me extrañaría. Es astuto, aún no me explico cómo logró escaparse anoche. De haber actuado por mi cuenta, ya hubiera dejado de ser un obstáculo para nosotros. Todo se debe a su afán de decidirlo, no dándome carta blanca. El cadáver de Maxwell ya estaría en el fondo del mar.

—En realidad no tienen importancia las sospechas de ese abogado, pues aunque sea muy hábil, no logrará demostrar nuestra culpabilidad.

—Me consideraba más tranquilo cuando nos ignoraba. Ahora es preciso acabar con él cuanto antes. Yo me encargaré de todo, usted no debe mezclarse en mis procedimientos.

Gordon fue a responder, pero se contuvo y apretó los labios. Se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

Heston salió del despacho. La expresión de su rostro era siniestra.

Hizo dos llamadas telefónicas, hablando con brevedad y energía. Su tono fue tajante, no admitiendo contestación. Del otro lado del hilo le respondieron afirmativamente.

* * *

Sin pérdida de tiempo, Donald Maxwell llegó a la Comisaría, preguntando por el inspector Joyce. El agente le respondió:

—El inspector Joyce ha salido.

—¿Sabe usted a dónde fue? —preguntó el joven impaciente.

El agente vaciló.

—No puedo decírselo.

—Sí puede. Necesito hablar con él cuanto antes.

Buscó en unos papeles y le dio una, dirección. Donald detuvo un taxi y le dio la dirección. El coche se puso en marcha. El joven se reclinó en el asiento y se sumió en sus meditaciones.

De pronto se incorporó. El taxi había tomado por una calle distinta de la que debía seguir.

Sin reflexionar aferró el cuello del taxista, apretando con firmeza, aunque sin hacerlo excesivamente. El hombre levantó la cabeza, atemorizado.

—¿Qué significa esto? —balbució.

—Pare el taxi inmediatamente. No intente una jugarreta, pues le estrangularía.

Vio en los ojos del taxista la indecisión y el temor, pareciendo imponerse esto último. Y más ante la decidida actitud del joven.

Obedeció y detuvo el coche junto a la acera. Donald aflojó su presión, permitiéndole respirar con mayor libertad.

—No lo entiendo, señor. No me explico su ataque; llamaré a un agente de policía.

—No se preocupe. No tardaremos en estar en presencia del inspector Joyce. ¿Le conoce?

En los ojos del taxista vio con claridad que no se había equivocado, pues su terror aumentó.

—Me he limitado a conducirlo a la dirección indicada.

—No, no. Debió haber seguido la misma calle. En el colegio aprendí que la línea recta es la más indicada para llegar antes.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando Donald se agachó con rapidez, mientras su diestra empuñaba su pistola. Dos hombres llegaban corriendo y disparaban contra el coche. Su rápido movimiento le salvó la vida, pues un proyectil le pasó sobre su cabeza, silbando de un modo siniestro.

Su mano izquierda continuaba sujetando al taxista, notando cómo éste se estremecía convulsivamente. Y se reclinó contra el respaldo, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo.

Donald no lo miró, disparando contra sus inesperados agresores. Lo hizo dos veces y uno de ellos cayó de rodillas, alcanzado en un muslo. Su compañero echó a correr precipitadamente hacia un

coche próximo, logró subir al vehículo y éste partió velozmente.

Pero la alarma ya estaba lanzada, siendo perseguido por un coche de la policía. Un agente se aproximó a Donald.

—¿Qué le ha ocurrido, señor? —preguntó cortés.

—Este individuo. —Donald señaló al taxista, advirtiéndole que estaba muerto, pues de su sien descendía un hilillo de sangre— me preparó una trampa, siendo él víctima de sus cómplices. Se habrá dado usted cuenta de que dispararen contra mí.

—Sí, pero debería usted acompañarme a la Comisaría más próxima.

—Me llamo Donald Maxwell y soy abogado. Iba en busca del inspector Joyce. Se trata de un asunto urgente.

—Mi deber es conducirlo a la Comisaría, señor Maxwell. ¿Dónde se encuentra el inspector Joyce?

Donald le dio la dirección. El policía subió al taxi.

—Estando tan cerca, le acompañaré. Si no lo encontramos, le conduciré a la Comisaría.

—De acuerdo, agente.

Apartó el cadáver y, tras un esfuerzo, consiguió colocarse ante el volante. Manióbró hábilmente y no tardó en seguir la verdadera dirección. Respiró tranquilizado al ver aparcado el coche del inspector.

—No le he engañado, agente. Ése es el coche del inspector Joyce.

—Me alegro, señor Maxwell.

Seguido del agente, no tardó en encontrarse ante el inspector. Éste le miró con fingida indiferencia, ocultando su sorpresa por verle aparecer de improviso.

Con brevedad le contó el último atentado sufrido.

Joyce dio las instrucciones precisas para ser identificado el supuesto taxista.

—¿Qué le ha impulsado a venir aquí?

—Debo hablarle a solas.

—¡Maldición, nunca me han gustado los misterios! Venga aquí.

Y le condujo a una habitación vacía, pues aquel piso acababa de ser visitado por unos atrevidos ladrones. Miró a Donald y exclamó:

—¡Hable de una vez!

—He descubierto al asesino de Charles Burgess.

—¿Qué dice? ¿Es eso cierto?

—No iba a bromear con una cosa tan importante.

—¿Quién es?

—Se llama Godfrey Heston.

—¡No es posible! Heston es el secretario de James Gordon. Su honorabilidad está fuera de toda duda.

—También está fuera de toda duda la inocencia de Edmund Friend.

—Es distinto. El fiscal Friend fue encontrado en el lugar del crimen y no mega ser culpable.

—Precisamente James Gordon es quien ha planeado esta abominable maquinación. Le convenía matar a Charles Burgess, pues el regreso de éste a Nueva York fue debido a hacerle víctima de un chantaje. La eliminación de Burgess carecía de importancia, contando con medios sobrados para hacer desaparecer su cadáver.

—Entonces, ¿por qué le dio tanta publicidad, mezclando a Edmund Friend?

—De esta forma quitaba de en medio al señor Friend. Se trata de algo diabólico, realizado con refinada sutileza.

—¿Qué interés le impulsaba a eliminar a Edmund Friend? Eran grandes amigos.

—Lo habían sido, inspector. La situación de James Gordon llegó a ser apurada hace unos años, estando al borde de la bancarrota. Carecía de escrúpulos y para salvarse emprendió el tráfico de drogas en gran escala. Godfrey Heston era su hombre de confianza. Edmund Friend descubrió hace poco sus manejos, decidiendo detenerle. Gordon se protegía con poderosos personajes, a quienes tenía sobornados. Pero si Friend recibía su alto cargo, todo sería inútil, pues sería acusado y declarado culpable. ¿Comprende ahora el interés de James Gordon por suprimir a Edmund Friend?

—Sí, eso está claro. Pero no me explico cómo Friend se reconoce culpable de un asesinato que no ha cometido.

—Todavía está más claro, inspector.

—¡Un cuerno! —barbotó el policía, exasperado.

—Charles Burgess se encontraba en apurada situación en Chicago, teniendo la desdichada ocurrencia de regresar a Nueva York y hacer víctima de un chantaje a Gordon. A éste le hubiera sido fácil desembarazarse de aquel granuja, pero halló un medio

para matar a dos pájaros de un tiro. Heston es rápido y eficaz, y buscó la colaboración de varios desalmados, manteniéndose en el incógnito. Éstos aceptaron debido a las fuertes sumas ofrecidas.

Donald hizo una pausa, frotándose la mejilla. El inspector Joyce permaneció callado, pendiente de sus labios.

—Heston maniobró con demoníaca habilidad, siguiendo las siniestras instrucciones de Gordon. Se apoderó de Lydia Friend, anestesiándola cuando se sentaba en un banco del parque. Mataron a Burgess en su habitación y llamaron al fiscal. Fue Heston quien le alargó la pistola, amenazando con acusar a su hija de haber matado a Burgess, pues el arma tenía las huellas digitales de la muchacha. ¿Comprende ahora la actitud adoptada por Edmund Friend?

—Sí, se trata de algo infernal.

—Y con las mayores posibilidades de obtener un rotundo éxito.

—¿Cómo ha logrado descubrirlo, muchacho? —preguntó el inspector, con los ojos radiantes de entusiasmo.

—En realidad ha sido el azar. Esta mañana me encontré con Heston en casa de Friend. Le reconocí; su aspecto era parecido al del hombre de las gafas negras, siendo idéntica la barbilla. He realizado gestiones, logrando descubrir los manejos de James Gordon. Cuando se tiene una certeza, lo demás resulta sumamente fácil. Me he entrevistado con Gordon hace poco y ha caído en la trampa. Ha dicho que Friend afirma haber disparado contra Burgess, no habiendo dudas sobre su culpabilidad. Nosotros no hemos dado publicidad a esta declaración, ignorándola los periodistas. Tan sólo podía saberlo el asesino.

—Sí, procederemos a su detención.

—Mande detener a Godfrey Heston. Es un individuo muy peligroso y no vacilará en disparar. Después de detener a Gordon, hallaremos pruebas sobradas de su culpabilidad.

* * *

Donald Maxwell abrió la puerta y entró en el suntuoso despacho de James Gordon. Éste levantó la cabeza, sorprendido y lanzó una airada exclamación. El joven, sin hacer caso, se le acercó.

—¡Salga de aquí! —ordenó el comerciante—. No le permito ese atrevimiento. Para entrar...

—Y todavía me permitirá mayores cosas, Gordon —le interrumpió el joven, sentándose tranquilamente frente a él—. Le advierto que no soy tan fácil de eliminar como Charles Burgess.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Gordon, con las venas de su corto cuello hinchadas.

—Lo he descubierto todo. Un plan magníficamente planeado, dos enemigos quitados de en medio, uno de ellos muy peligroso: Edmund Friend.

—No le entiendo.

—Me ha entendido perfectamente. No trate de disimular.

—No puede conseguir ninguna prueba. Friend se sentará en la silla eléctrica.

—Si yo lo permito —respondió Donald con tono significativo—. He descubierto muchas cosas de usted, y un registro de la policía lo pondrá todo al descubierto.

—Es usted muy hábil, Maxwell. ¿Cuánto quiere por su silencio?

—Doscientos mil dólares.

—Es mucho dinero, ¿no cree?

—En absoluto. He conseguido cierta fama de honradez en mi profesión y si me expongo a perderla debe ser por una cantidad elevada.

—De acuerdo, Maxwell. Le entregaré los doscientos mil dólares.

—¿No me tenderá una trampa?

—Es usted muy hábil para caer en ella. Heston tenía razón, debió matarle la otra noche.

La puerta del despacho se abrió. El inspector Joyce avanzó seguido de dos agentes.

—James Gordon, queda detenido acusado del asesinato de Charles Burgess.

—No puede hacerlo, inspector. No existe ninguna prueba contra mí.

—¿Ignora que nuestra conversación ha quedado grabada en una cinta magnetofónica? —le respondió Donald, sonriente.

James Gordon se dejó caer en el asiento, mientras su obeso rostro se cubría de un angustioso sudor. El inspector Joyce le puso las esposas.

En aquel instante sonó un disparo en el interior de la oficina, seguido de varios gritos de terror. Donald salió del despacho de

Gordon como una exhalación, tras entregar al inspector la cinta magnetofónica donde quedó grabada su conversación con el comerciante.

Vio a Godfrey Heston sosteniendo una pistola humeante y a un agente caído de bruces. El miserable iba a volver a disparar contra otro policía. Al ver a Donald, en sus ojos brilló el odio y desvió la trayectoria del arma, mientras el joven se arrojaba sobre él.

Disparó. El proyectil se incrustó en el hombro de Donald, pero no bastó para aminorar su empuje, cayendo con fuerza sobre el asesino. Durante unos momentos forcejearon con furia. La mirada del joven estaba fija en la prominente barbilla de su enemigo. Al verla descubierta lanzó su derecha contra ella.

Puso en el golpe toda su furia, todo el inmenso odio que le inspiraba el malvado. El impacto fue terrible y Heston cayó sobre el piso, inerte.

Los culpables ya habían sido descubiertos y detenidos. Donald se levantó tambaleándose, mientras la herida sangraba escandalosamente.

—¡Debe curarse enseguida, muchacho! —exclamó Joyce con ansiedad, mientras le sostenía.

—Carece de importancia, inspector.

Y Donald Maxwell se hubiera desplomado al suelo de no haberle sostenido los fuertes brazos del inspector Joyce.

* * *

—Su inocencia ha quedado demostrada, señor Friend.

—Gracias a Donald Maxwell —respondió el fiscal, estrechándole la mano—. ¿Por qué no ha venido mi hija?

—Se encuentra al lado de Maxwell. El muchacho recibió un balazo en el hombro al detener a Heston, aunque la herida no es de gravedad. Quince días y estará curado. ¡Los jóvenes de hoy no son muy fuertes!

Friend no pudo menos de sonreír. A pesar del tono despectivo del inspector, advirtió en él una admiración sin límites hacia el joven abogado.

—Vamos a verle. Debo darle las gracias y abrazar a mi hija.

Minutos después entraban en la soleada habitación de una

clínica. Donald Maxwell se encontraba en el lecho con el pecho vendado. Sentada muy cerca de él, Lydia.

La muchacha, al ver a su padre, se levantó y se arrojó en sus brazos. Después el fiscal la separó con suavidad y avanzó hacia Donald, tendiéndole la mano.

—Nunca podré pagarle cuanto ha hecho por mí. Y perdone mi estúpida obstinación.

—Le obligaba un poderoso motivo, señor. Y no se preocupe, le pasaré mis honorarios.

—Le entregaré un cheque en blanco —respondió el fiscal, sonriendo.

—No se trata de dinero.

—¿No?

—No; le pediré la mano de su hija.

El rostro del fiscal no expresó ninguna sorpresa. La actitud de los dos jóvenes, cuando entró en la estancia, no le engañó.

—Si Lydia le quiere...

—¡Oh, sí, papá! Le quiero mucho.

—Entonces será para mí un orgullo entregarte a mi hija. Es lo que más quiero en el mundo —reprimió una lágrima de emoción y puso una mano en el brazo del inspector—. Joyce, deseo salir a fumar un cigarrillo.

—Le acompaño, señor Friend.

Los dos jóvenes, al verse solos, se abrazaron, radiantes de felicidad.

FIN

Orlando García Mateos, utilizó los seudónimos de Frank Lewis y Orland Garr. Autor de 225 obras.